

FIESTAS ESCOLARES

**POESÍAS PARA LOS DÍAS
DE LA RAZA, LA PATRIA
LA MADRE, EL MAES-
TRO, EL LIBRO, EL
ÁRBOL Y EL
ANIMAL**



**COMPILADAS y ORDENADAS
POR
AUGUSTO CORTINA**

Doctor en filosofía y letras

Profesor de enseñanza secundaria, normal y especial en letras
Jefe del Seminario de Letras y Secretario del Instituto Bibliográfico de la
Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata. Profesor de
Castellano en el Colegio Nacional de la misma Universidad

**IMPRENTA "ARGIS" MADRID
1929**

FIESTAS ESCOLARES

BIBLIOTECA REGIONAL
DE MAESTROS

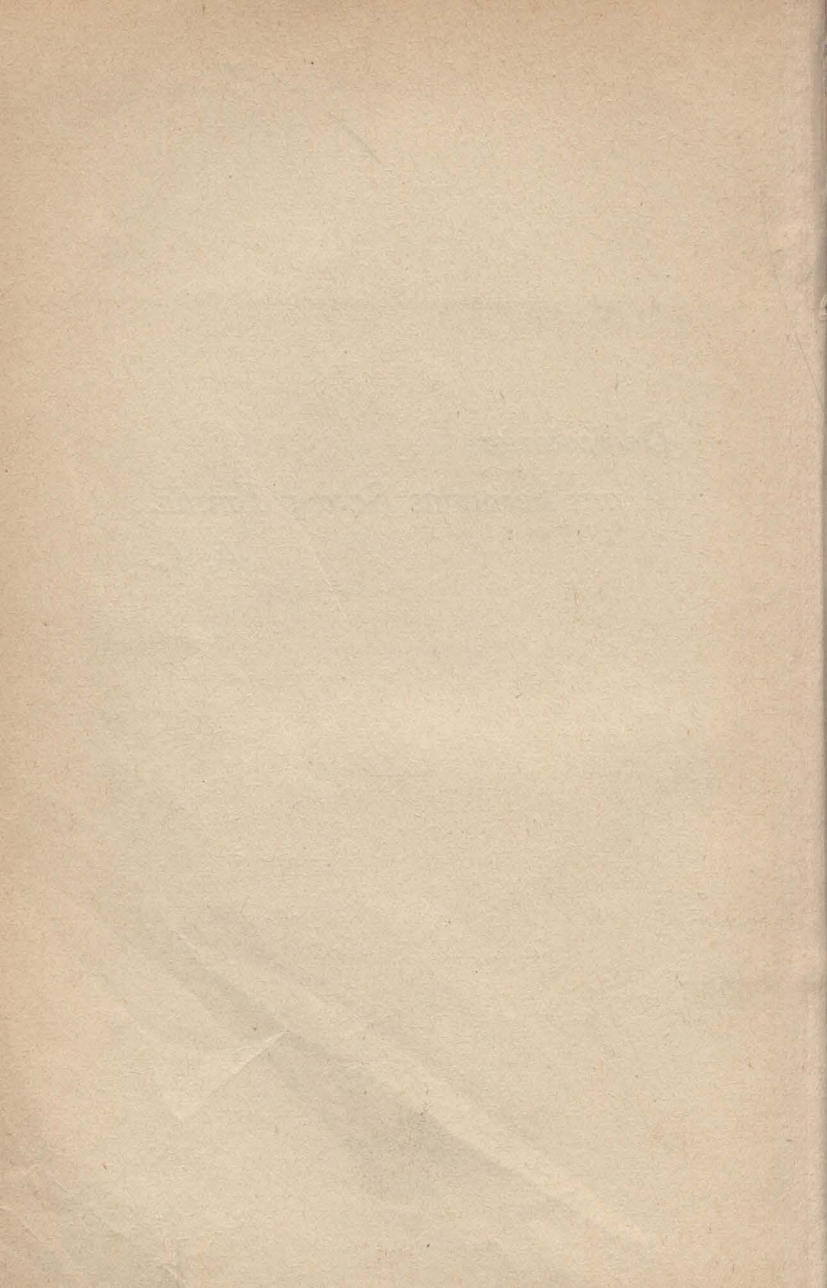
nr. 5096L

13, III. 87

Dedicatoria:

A mis hermanas Sara y Emma.

A. C.



A LOS MAESTROS

- I. Entre los volúmenes dedicados a los maestros, no hay ninguno — según mis informes — que reúna poesías para las fiestas que, a plazo fijo, se celebran en la escuela primaria. De ahí que el educador tropiece varias veces al año con la expresada dificultad.

Claro está que para el Día de la Patria, por ejemplo, cada país hispanoamericano posee su grupo de poesías más o menos arcaicas, que han ido pasando de los farragosos parnasos nacionales a los llamados libros de lectura, y que de unos u otros suele tomar el maestro, para sus discípulos, las mismas composiciones que él recitó cuando era alumno. Tienen así las fiestas patrias cierta isócrona solemnidad.

Pero el creciente número de días memorables, señalados por la autoridad escolar, ha hecho necesario un tomo que responda, al menos en parte, a las exigencias de los días de la Raza, la Madre, el Maestro, el Libro, el Animal, etc.

II. El programa ideal para una fiesta, ha de ser breve y selecto. El logro de la primera condición es casi imposible en la escuela, por cuanto se trata de reuniones familiares en las que todos los padres anhelan admirar a sus hijos. Pero, dentro de lo posible, conviene sacrificar la extensión del programa al perfeccionamiento de los números.

En simpáticas conmemoraciones escolares y en exámenes de declamación, he podido advertir cuatro defectos muy comunes en los niños que interpretan poesías. Me permitiré anotar preceptos que los corrijan, aunque para la inteligente diligencia de muchos maestros resulte innecesario.

1.º Aplomo en la apostura. (Los pies estarán firmes, y el recitador caminará conscientemente cuando sea oportuno.)

2.º Los ademanes deben ser sobrios. (Se accionará muy poco, exigiendo toda la expresión posible a las inflexiones de la voz.)

3.º Se tendrán muy en cuenta los signos de puntuación. (Hay que evitar las pausas a fin de cada verso, pues son antinaturales y engendran monotonía (1).)

4.º Proscribir el grito. (No debe emitirse ninguna nota superior a la potencia natural de la voz.)

Estas observaciones, aunque de carácter elemental, son necesarias en muchos casos,

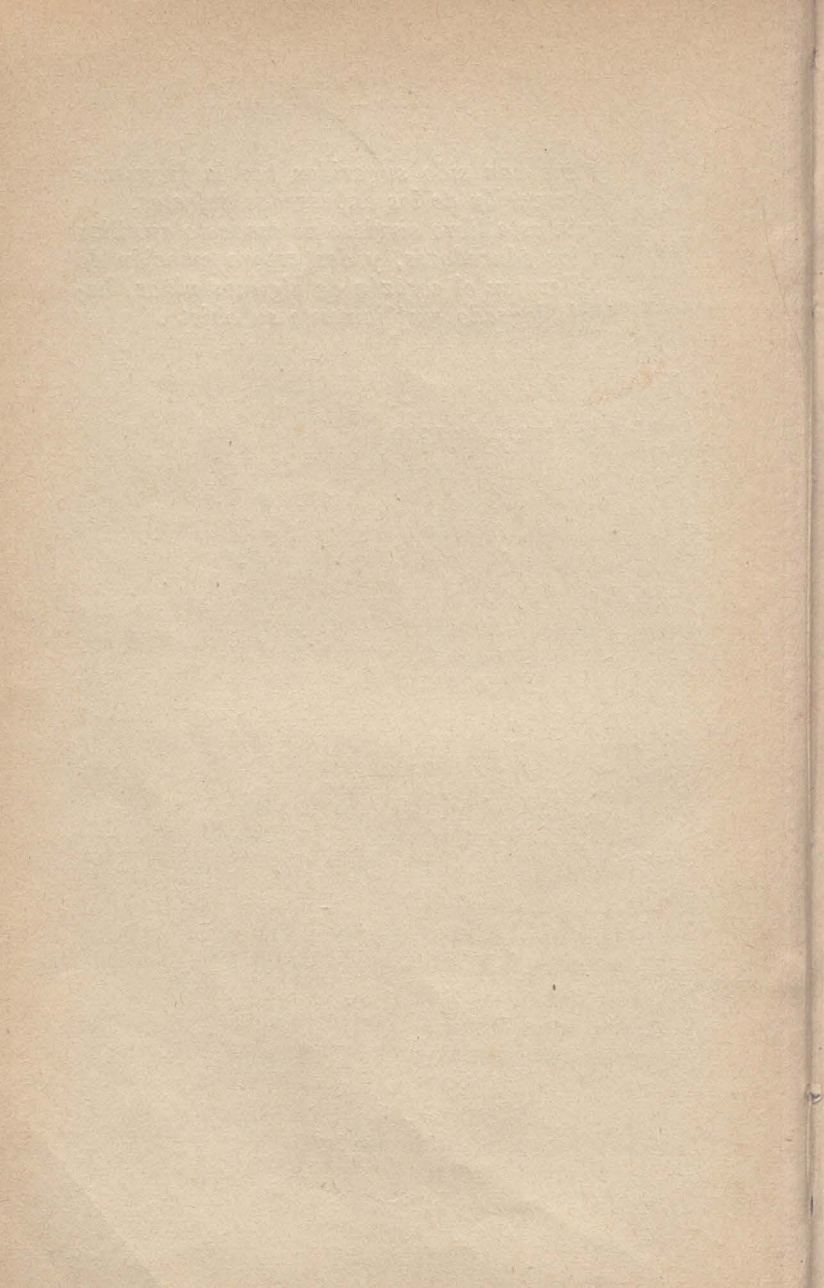
(1) Además de las pausas indicadas por los signos, hay otras que llamaré de interpretación. Son muy varias: sólo cierta sensibilidad, afianzada por el arte, puede enseñarlas en cada caso.

y me han sido sugeridas por la frecuente observación de los expresados defectos.

Si este libro sirviese de modesto auxiliar a los educadores, y despertara emoción de belleza en el corazón de algunos niños, habría logrado ampliamente su objeto.

A. C.

Madrid, enero de 1929.



DIAS DE LA RAZA Y LA PATRIA

1.—ESPAÑOL

Yo siempre fuí, por alma y por cabeza,
español de conciencia, obra y deseo,
y yo nada concibo y nada veo
sino español por mi naturaleza.

Con la España que acaba y la que empieza,
canto y auguro, profetizo y creo,
pues Hércules allí fué como Orfeo.
Ser español es timbre de nobleza.

Y español soy por la lengua divina,
por voluntad de mi sentir vibrante,
alma de rosa en corazón de encina ;
quiero ser quien anuncia y adivina,
que viene de la pampa y la montaña :
eco de raza, aliento que culmina,
con dos pueblos que dicen : ¡ Viva España !
y ¡ Viva la República Argentina !

RUBÉN DARÍO

2.—LOS CONQUISTADORES

(POR JOSÉ MARÍA DE HEREDIA)

Cual bandada de halcones, la alcándara feudal,
a Palos de Moguer, hartos de altivas penas,
dejaban capitanes y labradores, llenas
las almas de un ensueño hazañoso y brutal.

A conquistar salían el mítico metal
que corre de Cipango por las fecundas venas,
y los vientos alisios llevaban sus entenas
al borde misterioso del mundo occidental.

Cada noche, esperando crepúsculos utópicos,
el azul chispeante de la mar de los trópicos,
encantaba su sueño con un matiz dorado ;

o a proa, de sus naves viendo las blancas huellas,
atónitos miraban por un cielo ignorado
del fondo del Océano subir nuevas estrellas.

Traducción por ANTONIO DE ZAYAS

3.—LOS PRÓCERES

Aquellos grandes hombres, con dignidad severa,
que es la lección más alta de su ilustre carrera,
en la bella y difícil conciencia del deber,
para honra de la Patria dicen cómo hay que ser.

Mandan que en una vida de sencilla nobleza,
tengamos bien unidos corazón y cabeza ;
como el pilar constante, si es sólido su ajuste,
un solo miembro integra con la basa y el fuste.

Proclaman que adoptemos la honradez valerosa
que asegura la fama de la joven esposa ;
porque la Patria es bella y es joven todavía,
y es propio de la llama consumir la bujía.
Que el egoísmo es perro traicionero, y guarda
mal la heredad hermosa cuando la ración tarda.
Que no hay casa estimable cuando no tiene adentro
la llama hospitalaria por amistoso centro.
Y que no hay garantía tan fiel para la puerta,
como la del vecino que la halla siempre abierta.

Que el sol de la bandera no cobije intereses
bastardos, proveyendo la igualdad de las mieses
y la paz de los hombres con justiciero rayo ;
pues ya la Junta el mismo 25 de mayo
ordenó en su proclama que el porvenir encierra :
«Llevad hasta los últimos términos de la Tierra
la persuasión de vuestra cordialidad.» Y el Canto
de las primeras glorias, con grito sacrosanto
que habló en mares y cumbres como un viento pro-
[fundo,

nos predijo por libres los plácemes del mundo.

Y la sólida regla de la Constitución
abrió a todos los hombres el noble pabellón,
como árbol de justicia donde la primavera,
con sus flores azules y blancas, se embandera.

Quieren que realicemos con dicha más segura,
sin espadas ni leyes, la libertad futura ;
así como bebemos con sencillo alborozo,
el agua que el pocero nos alumbró en el pozo.
Que nuestros brazos libres sean gajos de fuerza,
para que no haya cepo de opresión que los tuerza.
Que para nuestro espíritu, de todo justo hermano,
una amistad inmensa sea el Género Humano.
Que hagamos de sus tumbas las macetas de flores
con que los buenos muertos prorrogan sus amores,
como si nos dijeran con su palabra honrada

que la eternidad fórmase de vida renovada ;
y que así como ellos precisamos vivir,
no de pasado ilustre, sino de porvenir.

Que sea, al completarse cada fasto sonoro,
nuestra espalda la puerta cerrada del decoro ;
y el animoso pecho la delantera proa,
para mejores hechos dignos de nueva loa ;
pues ellos nos dejaron en sus actos más bellos
el duro y noble encargo de ser mejores que ellos.

Su probidad sencilla, su piedad grave y recta,
el porfiado heroísmo de su vida imperfecta,
el timbre igualitario que dieron a sus nombres,
nos prueba que, ante todo, cuidaban de ser hombres,
y lo que nos los torna más buenos y admirables
en los póstumos días, es que son imitables.

Quiere el viejo fecundo florecer en la prole,
y ser el fundamento de progresiva mole,
enaltecida en causa genial de fortaleza.
El árbol valeroso no se esparce en maleza.
Antes, pujando el bosque con formidable anhelo,
cada año engendra y lanza nuevo vástago al cielo,
que sobre los ramajes, sonoros de huracán,
cruza como una espada su hombro de Capitán.

LEOPOLDO LUGONES

4.—SOY ESPAÑOL

Luzco del mundo en la gentil pavana,
sobre el recio tahalí de mi tizona,
una cruz escarlata que pregona
mi abolengo de stirpe castellana.

Llevo en los hombros ferreruelo grana,
guío el mostacho a usanza borgoñona,
y mi blanca gorguera se almidona
bajo mi crespa cabellera cana.

Tengo cien lanzas combatiendo en Flandes,
mil siervos en las faldas de los Andes,
calderas y pendón, horca y cuchillo,
un condado en la tierra montañesa,
un fraile confesor de la condesa,
cien lebreles, diez pajes y un castillo.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN

5.—NUESTRO IDIOMA

Hallo más dulce el habla castellana
que la quietud de la nativa aldea,
más deliciosa que la miel hiblea,
más flexible que espada toledana.

Quiérela el corazón como una hermana
desde que en el hogar se balbucea,
porque está vinculada con la idea
como la luz del sol con la mañana.

De la música tiene la armonía,
de la irascible tempestad el grito,
del mar el eco y el fulgor del día,
la hermosa consistencia del granito,
de los astros la sacra poesía
y la vasta amplitud del infinito.

BONIFACIO BYRNE

6.—A CERVANTES

en las fiestas del tercer centenario del «Quijote»

¿Cómo encuentro tan bien acompañado
a quien ayer tenían en olvido?

¿Usarced entre música y ruido,
de tantas nobles gentes aclamado?

Estoy, señor Cervantes, asombrado,
a la par que contento y conmovido ;
que aquesto que a usarced ha sucedido
es para hacerse cruces, Dios loado.

¿Pregúntame usarced a qué venía ?
Maestro, a lo de siempre ; cosa es llana :
A aprender de quien tengo por mi guía.

Mas pues le veo en fiesta tan galana,
doyle plácemes mil, y hasta otro día
en que le encuentre solo : hasta mañana.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

7.—UN SONETO A CERVANTES

Horas de pesadumbre y de tristeza
paso en mi soledad. Pero Cervantes
es buen amigo. Endulza mis instantes
ásperos, y reposa mi cabeza.

El es la vida y la naturaleza,
regala un yelmo de oros y diamantes
a mis sueños errantes.

Es para mí : suspira, ríe y reza.

Cristiano y amoroso caballero,
parla como un arroyo cristalino.
¡ Así le admiro y quiero,
viendo cómo el destino
hace que regocije al mundo entero
la tristeza inmortal del ser divino !

RUBÉN DARÍO

8.—INTRODUCCIÓN A LOS «CANTOS DEL TROVADOR»

Los que vivís de alcázares, señores,
venid, yo halagaré vuestra pereza ;
niñas hermosas que morís de amores,
venid, yo cantaré vuestra belleza ;
viejos que idolatráis vuestros mayores,
venid, yo os contaré vuestra grandeza ;
venid a oír en dulces armonías
las sabrosas historias de otros días.

Yo soy el trovador que vaga errante ;
si son de vuestro parque estos linderos,
no me dejéis pasar, mandad que cante ;
que yo sé de los bravos caballeros,
la dama ingrata y la cautiva amante,
la cita oculta y los combates fieros
con que a cabo llevaron sus empresas
por hermosas esclavas y princesas.

Venid a mí, yo canto los amores ;
yo soy el trovador de los festines ;
yo ciño el arpa con vistosas flores,
guirnalda que recojo en mil jardines ;
yo tengo el tulipán de cien colores

que adoran de Stambul en los confines,
y el lirio azul, incógnito y campestre,
que nace y muere en el peñón silvestre.

¡ Ven a mis manos, ven, arpa sonora !
¡ Baja a mi mente, inspiración cristiana,
y enciende en mí la llama creadora
que del aliento del Querub emana !
¡ Lejos de mí la historia tentadora
de ajena tierra y religión profana !
Mi voz, mi corazón, mi fantasía,
la gloria cantan de la patria mía.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
del pueblo en que he nacido la creencia ;
respetaré su ley y sus altares ;
en su desgracia a par que en su opulencia
celebraré su fuerza o sus azares,
y, fiel ministro de la gaya ciencia,
levantaré mi voz consoladora
sobre las ruinas en que España llora.

¡ Tierra de amor ! ¡ Tesoro de memorias,
grande, opulenta y vencedora un día,
sembrada de recuerdos y de historias,
y hollada asaz por la fortuna impía !
Yo cantaré tus olvidadas glorias ;
que en alas de la ardiente poesía,
no aspiro a más laurel ni a más hazaña
que a una sonrisa de mi dulce España...

JOSÉ ZORRILLA

9.—CASTILLA

Cruzan por tierra de Campos, desde Zamora a Pa-
[lencia
—que llaman tierra de Campos lo que son campos de
[tierra—.

Hacen siete la familia : buhonero, buhonera,
los tres hijos y dos burras, flacas las dos y una ciega.
En un carricoche renco, bajo la toldilla, llevan
unas pocas baratijas y unas pocas herramientas
con que componer paraguas y lañar vajilla en piezas ;
tres colchoncillos de estopa, tres cabezales de hierba
y tres frazadas de borra : toda su casa y hacienda.
Cae la tarde. La familia marcha por la carretera.
Dan rostro a un pueblo de adobes que sobre un teso se
[otea.

Dos hijos, zagales ambos, van juntos, de delantera.
Uno, bermejo, en la mano sostiene una urraca muerta.
El padre rige del diestro las borricas, a la recua.
Viste blusa azul y larga que hasta el tobillo le llega,
la tralla de cuero al hombro, derribada la cabeza.
A la zaga del carrillo, despeinada, alharaquenta,
ronca de tanto alarido, las manos al cielo abiertas,
los pies desnudos a rastras, camina la buhonera.

Pasa la familia ahora junto al solar de las eras.
Este trilla, aquél aparva, tal limpia y estotro aecha.
Un gañán, riendo, grita : —«¿ Hubo somanta, pa-
[rienta? »

La familia sube al pueblo y acampa junto a la iglesia.

—«¿ Qué ocurre, buena señora ? ¿ Por qué así gime y re-
[niega? »

—«Mi fija que se me muere, mi fija la más pequeña.»

—«¿ Dónde está que no la vemos? » —«Dentro del ca-
[rrico pena.

Anda más muerta que viva.» Nunca tal cosa dijera.
Van las mujeres de huída, clamando : —«Malhaya sea.
La peste nos traen al pueblo. Echalos, alcalde, fuera.
Suban armados los mozos. Llamen al médico apriesa.»
El médico ya ha llegado. Mirando está ya a la enferma :
una niña de ocho meses que es sólo hueso y pelleja.
—«Vecinas, ha dicho el médico, no hay peste, esto es,
[epidemia.
La niña se ha muerto de hambre. Y al que se muere lo
[entierran.»

—«Lleva la bisutería ; alma, vida, princesa.
Lleva la bisutería contigo bajo la tierra.
Pendientes de esmeralda en las orejas.
Al cuello el collar de turquesas.
En el pelo dorado las doradas peinas.
Llévalo todo, todo. Nada, nada nos queda.»
Campanas tocan a gloria. Marchan por la carretera,
cruzando tierra de Campos, desde Zamora a Palencia.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

10.—CASTILLA

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.
El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.
Cerrado está el mesón a piedra y lodo...
Nadie responde. Al pomo de la espada
y al cuento de las picas, el postigo
va a ceder... ¡Quema el sol, el aire abrasa !

A los terribles golpes,
de eco ronco, una voz pura, de plata
y de cristal, responde... Hay una niña
muy débil y muy blanca
en el umbral. Es toda
ojos azules y en los ojos, lágrimas.
Oro pálido nimba
su carita curiosa y asustada.
—«Buen Cid, pasad... El rey nos dará muerte,
»arruinará la casa,
»y sembrará de sal el pobre campo
»que mi padre trabaja...
»Idos. El Cielo os colme de venturas...
»En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada!»
Calla la niña y llora sin gemido...
Un sollozo infantil cruza la escuadra
de feroces guerreros,
y una voz inflexible grita : «¡ En marcha !»
El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

MANUEL MACHADO

11.—BALADA DE CATALUÑA

Cataluña tiene un hijo,
tiene un hijo menestral,
que por verla siempre grande
sin descanso velará.
De la máquina sonora
la voz dice sin cesar :
«tric, trac, tric, trac»,

y responde a la que teje,
hila o prensa, viene o va :

«tric, trac, tric, trac»,
con cantares que le ayudan
a sufrir y a trabajar.

Cataluña dijo un día,
muchos años hace ya :

—Ya ves, hijo, que soy pobre,
mi pobreza viendo estás.

—Madre—el hijo respondiéndola—,
a ganarme voy el pan,

«tric, trac, tric, trac»,
y regando con rocío
de la frente su telar,

«tric, trac, tric, trac»,
ganó el pan que le pedía
el acento maternal.

—Cataluña, noble madre,
un vestido te he de dar,
y del frío los rigores
a sentir no volverás.
A su madre así le dijo
el obrero catalán,

«tric, trac, tric, trac»,
los talleres resonaron,
y tejiendo fué a la par,

«tric, trac, tric, trac»,
el vestido y la grandeza
que a su madre hizo inmortal.

Cataluña en otros tiempos
dijo al monte y dijo al mar :

—Mi constancia ha de domaros
y mi firme voluntad.

Al payés rústica azada
y al marino remos da,

«tric, trac, tric, trac»,

y de azadas y de remos
a los golpes y al compás,
«tric, trac, tric, trac»,
a la piedra arrancó espigas
y al abismo un cetro real.

Cataluña vió en sus campos
extranjera gente audaz,
y en su pecho hirvió la sangre
del feroz almogavar.

A la guerra van sus hijos
y al taller sus hijos van,

«tric, trac, tric, trac»,
y alternando las canciones
de la guerra y de la paz,

«tric, trac, tric, trac»,
conquistó su independencia
y tejió su libertad.

Cataluña, porque tengas
ricas galas que ostentar,
el vapor palpita y ruge,
hila el uso de metal.

Mucho valen esas galas,
tus virtudes valen más,

«tric, trac, tric, trac»,
en olvido no las echas ;
si las llegas a olvidar,

«tric, trac, tric, trac»,
no la tela de tu gloria,
tu mortaja labrarás.

VENTURA RUIZ DE AGUILERA

12.—DIOS, PATRIA Y LIBERTAD

El amor a la patria es lo primero,
y el don de libertad es sin segundo ;
Dios le dió patria y libertad al mundo ;
y en Dios a patria y libertad venero.

Es patria y libertad cada lucero ;
y en cada estrella del azul profundo,
el Dios refulge del amor fecundo,
patria de luz del Universo entero.

El astro Tierra que en el libre espacio,
como un globo de nácar y topacio,
marcha hacia el Norte en cadencioso vuelo,
es, ¡ oh crueldades de la guerra insana !
la patria libre de la especie humana
en la armoniosa libertad del cielo.

CÉSAR BORJA

13.—POR LA MADRE

Ante españoles

Anda por mis venas algo
de vuestro genio divino,
que fué mi padre un hidalgo
traducido al argentino...
¡ La copa, pues, de «bon» vino
que me dais en este día,
estando en la mano mía
no chispea en mano extraña ;
como que es hijo de España
quien hijo es de la hidalguía !

Y aunque el decirlo no cuadre
al modernismo de agora
y a la enlutada señora
la desventura taladre,
siento al pensar en mi Madre
un orgullo fuerte y duro...
¡ Por Don Gonzalo lo juro,
y bien en mi hogar lo abona
una mohosa tizona
que siempre pendió del muro !

Viejo acero toledano
que irradia a mis ojos luz
y acaso sintió en la cruz
el empuje de la mano
de algún recio castellano
que guerreaba a la jineta ;
vieja espada que concreta
glorias que cantar no puedo :
la virtud hecha desnudo
y el desnudo hecho Poeta !

¡ Cuántas veces, en la tarde,
ante ese jirón, cansado,
españoles, he pensado
que sólo en alma cobarde
puede haber un alarde
de desdén por el abuelo,
el duro abuelo español
que dió guerra a medio suelo
y está, lo mismo que el sol,
decorándonos el cielo !

¡ Madre España que a los vientos
acometió con las velas
de sus locas carabelas ;
España de los sedientos
capitanes, y los cruentos
lances en las tierras solas,

la que asombraba a las olas
divulgando por el mundo,
con su penacho jocundo,
la gracia de sus manolas !

¡ Reina cubierta de canas
como su historia de justas ;
la de las torres adustas,
donde vibra en las campanas
mezcla de rezos y dianas,
sonando en los mismos sonos—
con las místicas endechas—
el bravear de las legiones,
como si estuvieran hechas
las campanas con cañones !

¡ La que sonríe en Sevilla
y renace en Barcelona,
y en todas partes pregona
el esplendor de Castilla ;
la de la airosa mantilla
que se derrama en la espalda,
la que hizo del sol su adorno
y de la mar su esmeralda,
ti iendo de rojo y gualda
cuanto halló su vista en torno !

¡ La que nos legara el casco
que ha de ceñir el latino
para cruzar el camino
luminoso de Damasco ;
la del gallego y el basko,
firmes como la virtud ;
la altanera, la quimérica ;
la inverosímil, la homérica,
la vieja madre... salud,
salud en nombre de América !

14.—LAS VIEJAS MADRES

De aquellos viejos tiempos de esta tierra argentina,
de esos tiempos en que era más heroico el Sol,
hacen brotar más glorias en mi alma latina
los recuerdos que tienen más encanto español.

No es la deslumbradora fulgencia diamantina
de los cascos guerreros, al bélico arrebol ;
ni el triunfo de las rojas lanzas, lo que ilumina
mi espíritu, en la aurora del secular crisol.

Tampoco el panorama de aquellos episodios
en que surgían, tristes, los históricos odios
a formar de las patrias el futuro plantel...

¡ Son las ancianas madres, las mujeres patricias,
que vendían sus joyas para armar las milicias,
como vendió las suyas la gran reina Isabel !

JOSÉ DE MATURANA

15.—LAS TRES NAVES

Aves parecen de cansado vuelo
que, ansiosamente, buscan su camino,
entre la sorda hostilidad del cielo
y la enseñanza del cristal marino.

Adivínase en ellas el recelo
de lo ignoto, lo vago y sibilino :
flota sobre sus mástiles el duelo
y las empuja el ala del Destino.

Y navegan... navegan en la noche,
que abre el inmenso, rutilante broche,
y sonrío con luz de nuevos astros.

Duérmese el timonel junto a la rueda ;
sonámbulo, Colón, erguido queda :
y le revela el mar sus hondos rastros.

LEOPOLDO DÍAZ

16.—CANTO A COLÓN

Has cruzado otra vez el mar Atlante,
en la piedra que al hombre diviniza,
arrancada a los flancos de Carrara
allá en el seno de tu patria amante.

Has cruzado otra vez el mar profundo,
en la veste simbólica del mármol,
como otrora en la veste de tu sangre,
cuando donaste al mundo un nuevo mundo...

Respira el mármol la pujanza viva
de tu alma milagrosa y visionaria.
Quiso cederte Dios su octavo día,
para abatir la Esfinge milenaria
y unificar la tierra estremecida.

Surca la quilla de tu frágil nave
de inexplorados piélagos las ondas.
Cruje en la loca empresa el maderamen,
se queja el timón ciego y la ardua escota...
no vislumbra valizas ni señales...

Ruge la chusma que morir no quiere
por las sendas que Ulises postrimeras
recorrió en el presagio de Alighieri.

¡ Oh, fatal Genovés ! A tu alta prora
no ató Minerva la dodonia rama,
como cuando transpuso los peñascos
del Helesponto el trágico piloto,

No navega en la corva carabela
el de los vientos vencedor Orfeo,
que acallaba cantando las tormentas,
y al tracio son de los maternos plectros
extenuaba las pálidas Sirenas.

No te sigue por la onda nunca hollada
la prole invicta del fulmíneo Jove ;
no te aguarda en la Cólquide remota
el favor de Medea enamorada.

Solo estás, con tu Dios y tu Destino...
amor, odio, dolor, todo has dejado :
el martirio y la gloria de tu genio,
único faro son de tu camino.

¿ Dónde está Diego, el hijo de tu sangre,
el hijo inseparable de tu andanza ?
Con él llamaste en la desierta noche
a las abruptas puertas de la Rábida.
— «¿ Quién va ? » . — « No le abran : es Colón el loco,
el can lombardo, el mísero, el errante. »

Ciegos Homeros, místicos videntes,
poetas y profetas temerarios,
Dante extraviado en la visión silvestre,
Sócrates inconfesos y falsarios,
sublimes perseguidos de la suerte,
¡ no os aflija el escarnio y la tortura !,
los dioses que del cielo descendieron
a redimir la Humanidad impura,
en la cruz y el patíbulo murieron.

Como flama en tu pecho era tu idea...
— « Tú juntarás del orbe los extremos,
más allá de los límites de Rea. »

¡ Adelante, adelante ! ¿ Estaba escrito,
o lo escribió el fantasma del ensueño ?

¿ Será estela de luz o de congoja,
azar, encantamiento o ironía ?

¿ Es astro o es gusano el pensamiento ?

¡ Hombre, todo lo sabes, todo ignoras :
forma y caos, oasis o desierto,
nadie ilustra el misterio en que te ahogas !

¡ Basta ya de dudar !—¡ Dadle unas naves !
No temáis que perezca a la ventura.
Es inmortal el hombre si contempla
su vida o muerte con la misma cara.

¡ Reyes de España ! Os paga con usura,
con reinados más grandes que el de Iberia,
de un extranjero la genial locura.
Es el ciego emisario del Destino,
ingenuo como el Sol, como la Luna,
que sin saberlo alumbran lo infinito.

Abrirá la ancha senda del futuro
a los héroes del mar aventureros,
y a todas las estirpes derroteros :
llenará vuestras arcas de oro puro,
y seguirá su ruta, anciano, obscuro...

Pero en la tierra que él holló primero,
derramó de su espíritu la esencia.
¡ Que otro el nombre le dé ! ¡ Le diste tu alma,
alma leal de itálico guerrero !

¡ Y América será nombre de aurora,
América será la prometida,
sabrás en milagro excelso, hora por hora,
centuplicar el pulso de la vida !

¡ Desde el taller, la usina, la pradera,
de la humilde floresta a la montana,
de Norte a Sur, ella será primera
en pregonar la libertad humana !

¡ Oh marmórea columna que te elevas,
arraigada en los símbolos de Marte !,
¡ oh altiva y blanca en la celeste altura !,
llevas sobre tus hombros por cabeza,
del héroe la magnánima figura.

Conjura los maléficos vestiglos.
Puedas mirar la bella Urbe argentina
floreciendo en los siglos de los siglos.

Pasaron a tus pies, oh bienvenida,
ornándote de flores y colores,
las múltiples cohortes de la raza
forjada en el crisol de la latina.

Cuando todo calló, en la noche espesa,
vagué a tus pies, humilde peregrino,
evocando las cítaras tirrenas.
Besé tu blanco cuerpo de Danaide,
las lágrimas besé de la nieblina,
que labraba en tu talle un tenue manto...
¡ Oh virginal columna sensitiva,
esta es la ofrenda del poeta, el canto !

LEOPOLDO LONGHI

17.—COLÓN

Alas hubo en tu genio soberano ;
alas, en las gallardas carabelas,
cuando abrieron la lona de sus velas
bajo los pliegues del pendón hispano.

Del mar sin fin el misterioso arcano
vencer intentas y atrevido vuelas
sobre las olas, señalando estelas
de gloria en el hervor del oceano.

Entre el velo sutil de la neblina,
y al mágico poder de tu mirada,
abrió la Tierra, como flor marina...

Eres, Colón, un genio sin segundo,
que, si Dios hizo el orbe de la nada,
tú de los mares arrancaste un mundo.

ENRIQUE E. RIVAROLA

18.—COLÓN

A la marcha veloz del pensamiento,
obstáculos el mundo pone en vano ;
sólo el débil se abate al sufrimiento,
el genio es invencible y soberano.

Colón, Colón, renueva tu ardimiento.
Ven, ya te espera el hemisferio indiano,
y en frágil nave, desafiando el viento,
hiende en pos de tu gloria el oceano.

Tu genio, el globo misterioso abarca ;
de pie sobre el timón, audaz piloto,
siempre al Oeste, siempre va tu barca.

¡ Oh gozo ! ¡ Oh triunfo ! En el confín remoto,
naciendo el alba entre arreboles, marca
la extensa playa de ese mundo ignoto.

GUILLERMO MATTA

19.—LOS COMPAÑEROS DE COLÓN

En los climas brillantes do Natura
más pródiga derrama sus tesoros,
habitaban los indios ignorados ;
y eternamente en derredor ceñido
por océano profundo,
ocultábase un mundo al otro mundo.

Por un genio profético inspirado
lo buscaba Colón. Embebecido,
meditaba en su gloria venidera,
mientras del Este rápido impelida,
de destinos preñada,
iba cortando el mar su breve armada.

Pero de sus cobardes compañeros
va creciendo el pavor. Un mar furioso,
navegado jamás, de mil terrores
llena su atormentada fantasía.

Uno, el más atrevido,
les habla así con tono dolorido :

«¡ Compañeros de afán ! Cuarenta veces
hizo girar el Sol, sin que veamos
las costas de la tierra codiciada
que nos anuncia el infeliz piloto,

a quien ciegos creímos
cuando anhelantes por el mar partimos.

»En vez de las riquezas y la gloria
con que nos halagó su falsa lengua,
vemos muerte doquier. ¡ Miseros ! Nunca
gozaréis las caricias filiales,

ni en languidez dichosa
el dulce beso de la casta esposa.

»Doquiera vuelvo en derredor los ojos,
el horizonte vago recorriendo,
encuentra sólo mi turbada vista,
de tempestades hórridas cargado,

un cielo triste y denso,
y en este obscuro mar sepulcro inmenso.

»Nunca, nunca la altura en que vagamos
miró ningún mortal. Ved cuál se turba
ya trémulo el imán, y vacilando
a tanta inmensidad, nos abandona

bajo este ardiente cielo
a errar sin esperanza ni consuelo.

»Y al cabo a perecer. Hambre rabiosa
sobre nosotros lanzaráse presto
a finar en tormentos nuestra vida,
si antes no hallamos muerte menos dura

en escollos clavados,
o del fuego celeste fulminados.

»¿ Y os obstináis en ceguedad funesta,
sordos ¡ ay ! a la voz del desengaño ?
¡ Vil seductor ! ¿ A su codicia insana
nos hemos de inmolar ? Alzad, amigos,
y la muerte evitemos,
y a la patria dulcísima tornemos.»

Dice, le aplauden, y, sonando, el eco
revuelve por el aire y oceano
el extraño clamor, mientras en la popa,
el cobarde murmurio despreciando
de la chusma impaciente,
alza Colón imperturbable frente.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

20.—AMÉRICA

Tendida sobre sábanas de rosas,
a la sombra de amor de sus palmeras,
bajo un cielo de eternas primaveras,
guardada por los ángeles de Dios,
una encantada tierra de deleites,
maravilloso mundo de colores,
dormía entre sus aves y sus flores
arrullada por músicas de amor.

Y es fama que, cual hada peregrina
que del seno del mar surgiera un día
orlada de joyante pedrería,
hiriendo con su luz la luz del sol,
así la hermosa madre de los Incas
surgió del seno de joyantes mares,
y presentóla al mundo sobre altares
el genio audaz del inmortal Colón.

JUAN CRUZ VARELA

21.—LA LIBERTAD

Todo, América, obliga en tus cabañas
a amar la Libertad : el sol que brilla
sobre las puras mieses de la trilla,
que arrancara el labriego a tus entrañas ;

el pampero que sopla en tus campañas,
llevando hacia los surcos la semilla ;
el mar que brama en tu grandiosa orilla ;
el cóndor de tus épicas montañas...

Y si ella fecundó tus soledades,
no la quieras matar en tus ciudades,
hoy que resurge en la eclosión plebeya,
pues cuando ella reinó en tu campo abierto,
hizo con los centauros del desierto
la gesta sin igual de tu epopeya.

RICARDO ROJAS

22.—LA PATRIA

Limpia te ansío, y sin raigambre muerta ;
no vinculada en apariencia de ídolos ;
vivificante más que viva, y libre,

Patria, de trabas.

No organizada en depresivo gesto,
toda recelos y anatemas toda ;
desdeña el plomo, atravesando eximias
nubes, el águila.

Patria, que estás sobre corona y gladio,
la zarpa encoge, al desplegar las alas ;
toda estás hecha para el vuelo... ¡ Vuela,
Patria aquilina !

Nadie se atreva a tu virtud, ni nadie,
blasfemo, quiera vincularla entera :
no te sepulto en un altar, te esgrimo
como una espada.

No, en el arrimo de las torres viejas,
ídolo estéril, tu estandarte enclavo ;
digo : «Asid de él y sin temor, patricios,
dadlo a los aires.

»Servicio hacedle en plenitud, no rito ;
en toda activa operación, movedlo ;
del paño suyo recortad gloriosas
velas de naves.»

Límite, Patria, no me pongas ; senda
abre a mis ojos, como tú, infinita ;
y adonde vaya, mi camino alumbra,
lágrima eterna.

.....
No con la cuerda de opresivas leyes,
la espalda azotes de tus propios hijos ;
Patria, en perpetuo advenimiento, sigue
siempre tu marcha.

.....
Patria, depón, en tu salud, recelos,
que eres virtud y no te alcanza herida ;
Patria, en las manos de tus hijos todos,
va tu estandarte.

Tiende las alas, aquilina, y vuela,
y si las nubes atraviesa el rayo
y tu plumaje las tormentas rizan,
vuela serena.

Que, por volar inalterable el águila,
sola y caudal en la tormenta esquiva,
Patria, en las garras, a su arbitrio augusto
lleva los rayos.

23.—LA PATRIA

No pises en el campo del combate
con el trofeo horrible de las armas,
y en vez de abrir la carne de los hombres,
cierra la herida que los otros abran.

Sonríe a aquel que te llamó cobarde
porque no derramaste sangre humana :
como el divino Salvador del mundo
que expiró en el patíbulo de infamia.

¡ Ay ! El risueño porvenir del mundo
se rompe en cada palmo de batalla,
como las ondas del torrente inmenso
que por las rocas del abismo saltan.

El que descuella entre los hombres sólo
por la sangrienta punta de su lanza,
con cada golpe que asestó en la vida
allá en el porvenir su tumba cava.

Patria es palabra de ambición y guerra :
si te oyes preguntar : ¿Cuál es tu patria ?
¡ Dirige al cielo tu inocente mano
y la infinita bóveda señala !

RICARDO GUTIÉRREZ

24.—PATRIA

Otra vez, otra vez entre luces
azules y blancas,
los arcos triunfales
de la fiesta patria.
Y en la fría noche
de las remembranzas,

estas muchedumbres
inmensas que pasan.
Algunos vinieron
de grandes distancias :
de Ukranias y Rusias,
de Egiptos y Arabias ;
otros de las tierras
• alegres de Italia ;
otros de la dulce,
de la dulce Francia ;
otros de los lares
de la madre España.
Todos son ahora
• linaje del Plata
para enormes hechos
que el Destino aguarda.
Trocaron sus cielos ;
sus mares, sus playas :
• todos los recuerdos
por una esperanza.
Hijos que tuvieron
las rutas les marcan,
allá por los Andes,
aquí por las pampas :
¡ Una vida recta
y una senda clara,
desde los amores
hasta las batallas !
Hoy fué como siempre.
Cañón de la patria
saludó las nubes
cerúleas del alba.
Veintitún cañonazos
oyó la mañana
todavía en sueños
por las lontananzas.

Veintiún cañonazos
que a misa llamaban,
llamándonos misa
de fe ciudadana.

Se rompió la noche,
se aclaraba el alba,
reía la aurora,
la luz se doraba.

Hoy fué como siempre
para fiesta patria.

Sombras del Cabildo
de la gran jornada,
convocadas fueron
de nuevo a la Plaza.

Hoy fué como siempre.

Cantaban las dianas,
y los regimientos,
a las doce dadas,

a un signo del jefe
presentaron armas.

Nadie se movía:
de piedra las caras,
de bronce los cuerpos,
de hierro las almas.

Juramento heroico
los pechos juraban
y el himno de todos
por todos cantaba.

Pasad, muchedumbres
de la nueva raza,
bajo aquestas luces
azules y blancas.

Pasad, muchedumbres
de la nueva raza.
¡ Para todos, gloria !
¡ Para todos, patria !

ARTURO CAPDEVILA

25.—PATRIA

¡ Patria ! Te adoro en mi silencio mudo
y temo profanar tu nombre santo :
por ti he gozado y padecido tanto
como lengua mortal decir no pudo.

No te pido el amparo de tu escudo,
sino la dulce sombra de tu manto ;
quiero en tu seno derramar mi llanto,
vivir, morir en ti, pobre y desnudo.

Ni poder, ni esplendor, ni lozanía
son razones de amar. Otro es el lazo
que nadie, nunca, desatar podría.

Amo yo por instinto tu regazo ;
madre eres tú de la familia mía ;
¡ Patria !, de tus entrañas soy pedazo.

MIGUEL ANTONIO CABO

26.—EL TESORO DEL PAÍS ARGENTINO

Las catorce provincias argentinas un día
reuniéronse a la sombra protectora del Ande,
para saber cuál de ellas dichosa poseía
del país lo más noble, más hermoso y más grande.

Mentó la docta Córdoba su casa de doctores ;
Tucumán, sus ingenios y sus cañaverales ;
San Luis, sus tersos mármoles rayados de colores ;
Corrientes y Santiago, sus selvas tropicales.

Santa Fe, sus pobladas y fértiles campiñas ;
Entre Ríos, sus costas de perlas y esmeraldas,
que cuelgan de sus cerros tejidas en guirnaldas,
y Mendoza, la sangre de sus pomposas viñas.

La Rioja y Catamarca, sus valles y montañas ;
Salta y Jujuy, sus bellas y antiguas heredades ;
San Juan, la vena de oro que hierve en sus entrañas ;
Buenos Aires, sus pampas cubiertas de ciudades.

Presente la República, alzó su voz altiva :
—Ninguna de vosotras en sus lindes encierra—
les dijo noblemente—, como dueña exclusiva,
la más preciada joya de la argentina tierra.

En todos vuestros campos existe ese tesoro ;
donde hay un argentino se encuentra por doquiera.
—¿Cuál es?—le preguntaron las provincias en coro.
Ella, mostrando el cielo, repuso : —La Bandera.

Y entonces las provincias, tendiéndose las manos,
clamaron inspiradas por la gracia divina :

—Es cierto ; ni ciudades, ni montañas, ni llanos ;
¡ es nuestra mayor gloria la Bandera Argentina !

CARLOS OCTAVIO BUNGHE

27.—A LOS ARGENTINOS

Fuisteis la sangre de la madre España
que rebosó del vaso que la encierra
como baja el torrente de la sierra
y el valle extenso fertiliza y baña.

Su eterna admiración os acompaña,
y extintos los rumores de la guerra,
todo español que pise vuestra tierra
jamás podrá tenerla por extraña.

Cuando ante el nuevo, juvenil empuje,
la vieja torre se cuarteja y cruje,
mi patria, que es austera, pero justa,
renace en vuestro brío y fortaleza...
¡ Sed poderosos ! La matrona augusta
como suya tendrá vuestra grandeza.

SINESIO SALGADO

28.—SAN MARTÍN

Nace en los hondos bosques de Misiones,
lleva sangre aborígen en las venas,
y como sabe lo que son cadenas,
disciplina en el triunfo a sus legiones.

Desde el Plata a las márgenes chilenas,
arrolla los iberos escuadrones,
y los cascos estampan sus bridones
del Pacífico mar en las arenas.

Sigue el vuelo del cóndor y la nube ;
a las más altas cordilleras sube
embriagado por sueños gigantes...

Detiene en Lima el victorioso carro,
y conduce, entre bélicos trofeos,
el sangriento estandarte de Pizarro.

LEOPOLDO DÍAZ

29.—A SAN MARTÍN

Ni fundido metal, ni mármol quiero
para alzarte suntuosos pedestales ;
ni quiero los laureles inmortales
que circundan las sienes del guerrero.

¡ Alma y amor de patria, eso prefiero !
Alma y amor que broten a raudales,
y labren monumentos colosales,
más firmes que la piedra y que el acero.

Para ti, San Martín, quiero otra gloria,
que arranque, viva, tu genial figura
de las ruinas eternas de la Historia :

¡ Que, por siempre jamás, sombra y gigante,
remueva el alma tu memoria pura,
y en santo amor de Patria la levante !

ENRIQUE E. RIVAROLA

30.—GRANADEROS A CABALLO

Con arrebató de horda va el corcel formidable.
Enredado a sus crines ruge el viento de Dios.
Sobre el bosque de hierro vibra en llamas un sable
que divide a lo lejos el firmamento en dos.

La montaña congénere donde el cóndor empluma,
sonreída de aurora despertó a ese tropel
de patria, y la simétrica marea ungió en la espuma
de un brindis gigantesco los flancos del corcel.

La tierra devorada por los cascos se abisma
en el tremendo vértigo que arrastra aquel alud.
Y el himno natal surge del trueno con la misma
voz que estalló en clarines *en los campos del Sud.*

¡Tufo de potro ; aroma de sangre ; olor de gloria !...
La hueste bebe el triunfo cual sublime alcohol,
y la muerte despliega sobre su trayectoria,
acabada la tierra, la mar de luz del sol.

LEOPOLDO LUGONES

31.—LA MUERTE DE GÜEMES

(Canción del viejo guerrillero)

Yo he visto morir al caudillo
del bosque y la sierra ;
yo vi sus pupilas sin brillo
que, artera, la Muerte apagara en la guerra.
Cayó bajo el plomo del bravo español,
y el gaucho insurgente
dobló resignado la pálida frente
que sólo besaban los cóndores, los vientos y el Sol.
Murió sonriendo,
porque en su agonía
brillantes visiones de gloria veía,
y a sus «Infernales» luchando y venciendo ;
los potros y lanzas salvajes
guardando, incansables, el patrio confín ;
sus odios indómitos y rudos corajes
que, fieros, despierta la voz del clarín.
Como ellos, no hay otros
más bravos, audaces y fieles... ¡Son gauchos de ley !
Y contra sus lanzas y contra sus potros
chocaron en vano los tercios del godo virrey...
Veía al gauchaje de la serranía,
intrépido y fuerte,
que, en un gesto altivo, tan sólo a la Muerte
sus lanzas, peleando, rendía.

Y aquellos centauros bravíos
—que hicieron el bosque, la sierra temblar—,
de hirsutas melenas, sombríos,
de brazos de aceros y pechos de bronces,
que nunca supieron llorar,
¡lloraron entonces!...

EDUARDO R. ROSSI

32.—LA VICTORIA

¡ Ah ! No levantes canto de victoria
en el día sin sol de la batalla,
ni el santo templo del Señor profanes
con plegarias de triunfo y de matanza.

Cuando se abate el pájaro del cielo,
se estremece la tórtola en la rama ;
cuando se postra el tigre en la llanura,
¡ las fieras todas aterradas callan !...

¿ Y tú levantas himno de victoria
en el día sin sol de la batalla ?

¡ Ah ! ¡ Sólo el hombre, sobre el mundo impío,
en la caída de los hombres canta !

¡ Yo no canto la muerte de mi hermano ;
márcame con el hierro de la infamia,
porque el día en que su sangre viertes
de mi trémula mano cae el arpa !

RICARDO GUTIÉRREZ

33.—LA GLORIA DEL GUERRERO

(POR LORD BYRON)

Pasaron ya tus días,
y la patria, orgullosa de tus glorias,
con gratas armonías
recuerda a las memorias
de su hijo predilecto las victorias.

Recuerda tus proezas,
los estragos sangrientos de tu espada,
tomadas fortalezas,
y en lucha despiadada
la libertad de nuevo conquistada.

Caíste, pero en tanto
que libre corazón y brazo fuerte
nos preste el cielo santo,
no hará jamás la suerte
que pruebes el olvido de la muerte.

Tu sangre generosa
desdeñó de infiltrarse en las arenas ;
ardiente y hervorosa
circula en nuestras venas
y nuestros pechos con tu aliento llenas.

Cuando en la lucha entremos
cargando al enemigo jactancioso,
tu nombre aclamaremos ;
tu nombre, que glorioso
grito será de guerra pavoroso.

Con tono delicado
lo cantarán las vírgenes en coro ;
mas no serás llorado,
porque sería el lloro
de tu gloria inmortal vulgar desdoro.

Versión por TOMÁS AGUILÓ

34.—LA VUELTA DEL RECLUTA

La tarde se apaga, y abajo, la aldea
blanquear entre sauces y pinos se ve ;
rebaños que bajan al valle, vadean
el río que lame del monte los pies.

Los ecos repiten la voz quejumbrosa
que da el campanario, llamando a oración ;
aquel caminante descúbrese y ora,
su frente en la mano que empuña el bordón.

¿Quién es? De su blusa los rojos jirones
a un digno soldado disfrazan quizá :
es Pablo el recluta ; partió bello y joven,
los soles han vuelto morena su faz.

Dos lágrimas tiernas sus flacas mejillas
mojaron, los campos natales al ver.
Su amor y una madre dejó a su partida :
ni madre ni amada le esperan tal vez.

Risueño y gozoso saluda encontrando
al joven amigo que nunca olvidó.

¡Ay ! ¡Cómo los soles del Sur le cambiaron !
Tan sólo responden : «Bendígate Dios...»

Teresa, la niña que tanto le amaba,
que en lágrimas tibias bañóle al partir,
hilando a la puerta de alegre cabaña
jugar a sus niños contempla feliz.

Detiene el viajero su paso y ahogan
profundos sollozos su trémula voz :
Teresa, temblando, cree ver una sombra,
su tez ha perdido de rosa el color.

¡Fué sólo un recuerdo !... Sus niños la abrazan
mirando al mendigo con miedo infantil :
dos lágrimas gruesas enjugan sus palmas,
volviendo en silencio su marcha a seguir.

Sus ojos nublados la choza paterna
descubren. Es noche ; responde a su voz
el viento que cruza la estancia desierta :
la muerte ha dos años su hogar apagó.

La luna al ponerse le vió solitario
subir la montaña camino del Sur.
En torno del fuego medrosos aldeanos
que vieron su sombra refieren aún.

JORGE ISAAOS

35.—LA MUERTE DEL SARGENTO

DEDICADA AL SEÑOR J. M. VERGARA VERGARA

«¡ Huyeron ! ¡ Victoria ! ¡ Jinetes, a ellos !
Cruza la llanura, que falta ya el sol.
¡ Volad ! Quien al jefe me dé prisionero,
la espada que empuño tendrá en galardón.»

Partieron veloces. El llano retumba...
Ya se oye lejana la voz del clarín.
Resisten... Combaten... Las armas relumbran,
la nube de polvo los vuelve a cubrir.

Las sombras velaron la pampa sangrienta ;
alumbra indecisa la luz del vivac ;
repiten las guardias el grito de «¡ alerta !».
¿ Mi nombre ? Fué el viento... ¡ Mi nombre ! ¿ Quién va ?

«¡ Venid compasivo, mi jefe ! Al sargento
muriendo en la vega por fin encontré ;
¡ venid, venid pronto, que os llama !» Era el ruego
que, ahogado en sollozos, me hacía una mujer.

—Sargento, ¿ qué quieres ? —Morir más tranquilo,
ya veis : no hay remedio, me llama ya Dios.
Tan bella mi esposa... ¡ Mirad nuestro hijo !
Yo voy a dejarlos : cuidad de los dos.

—Y está el niño helado. Tu patria, sargento.
—¿ Mi patria?... ¡ Mi patria jamás la veré!
¡ Ay! Nunca faltónos el pan en su suelo.
¡ Morir de la patria distante es cruel!
¡ Llegad, abrigadme! Mi cuerpo está helado.
Repíteme, esposa, tu santa oración...
—Sus manos convulsas estrechan mis manos.
Su vista está inmóvil... ¡ No alienta!... ¡ Expiró!
Tracé con mi espada su huesa en el césped,
de ramas de sauce forméla una cruz;
la hoguera prestóme su lumbre de muerte,
guardando entre brasas la llama ya azul.
La luna, al alzarse, del bravo guerrero
tendido en la huesa la frente bañó.
Después... a la viuda faltóle el aliento
y a su hijo en mis brazos volvíle el calor.

JORGE ISAACS

36.—LA TUMBA DEL SOLDADO

El vencedor ejército la cumbre
salvó de la montaña,
y en el ya solitario campamento,
que de vívida luz la tarde baña,
del negro terranova,
compañero jovial del regimiento,
resuenan los aullidos,
por los ecos del valle repetidos.

Llora sobre la tumba del soldado,
y bajo aquella cruz de tosco leño,
lame el césped aún ensangrentado
y aguarda el fin de tan profundo sueño.

Meses después, los buitres de la sierra
rondaban todavía
el valle, campo de batalla un día.
Las cruces de la tumba ya por tierra...
ni un recuerdo ni un nombre...
¡ Oh ! No : sobre la tumba del soldado,
del negro terranova
cesaron los aullidos,
mas del noble animal allí han quedado
los huesos sobre el césped esparcidos.

JORGE ISAACS

DIA DE LA MADRE

37.—AVE MARÍA

¡ Dios te salve, María !
Sol de las almas, faro de la mía :
lirio del cielo, mística azucena,
de hermosura, bondad y gracia llena.
Madre del potentado y del mendigo ;
Virgen Reina, el Señor está contigo ;
Tú sola, Tú, por tu pureza eres
bendita entre todas las mujeres ;
y es de tus altos dones, en tributo,
santo y bendito de tu vientre el fruto.
Sol de las almas, faro de la mía :

¡ Dios te salve, María !
Santa Madre de Dios, el que a Ti llega
halla amparo y perdón. Ruega, sí, ruega
por nosotros los tristes pecadores,
libértanos del mal y los errores ;

danos la fe consoladora y fuerte ;
ahora y en la hora de la muerte.
¡ Oh luz que brillas en eterno día !
¡ Santa Madre de Dios, Santa María !

JUAN DE DIOS PEZA

38.—LA MUJER

Luchamos en la vida
con la fortuna ciega,
con ambiciones locas,
con vicios y flaquezas ;
pero entre los conflictos
de tan terrible guerra,
la mujer es el ángel
que junto al hombre vela.

En la inocente cuna,
al dolor ya condena
Naturaleza al hombre
que a la existencia llega.
¿ Quién secará su llanto
con sin igual terneza ?
La madre, que es el ángel
que junto al niño vela.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

39.—CABEZA Y CORAZÓN

Un Angel y el Demonio, a Eva un día
contemplan con amor.
—¿ Y qué opináis, decid, de esa obra mía ?—
les preguntó el Señor.

Mirando de Eva la gentil cabeza,
dijo el Demonio así :
— ¡ La mujer, a pesar de su belleza,
es inferior a mí !
¡ Sentir sin comprender ! ¡ Perpetua ilusa
que goza en delirar !
¡ Que tiene, sin razón, la ciencia infusa
del arte de engañar !
Uniendo la inconstancia a la hermosura
(el Demonio añadió),
creed, Señor, vuestra mejor hechura
vale menos que yo.
— La mujer—siguió el Angel—de tal modo
desafía el dolor,
que, aunque débil su fe, se atreve a todo
por servir al amor.
De la santa piedad hija querida,
ni siente ni hace mal,
y, próspera, transmite con la vida
la sed de lo ideal.
La mujer es tan buena (enardecido
el Angel concluyó),
que, aunque soy en el Cielo un elegido,
ella es mejor que yo.

* * *

Tú, dotada de espíritu sublime
y de gran corazón.
Blanca, entre el Angel y el Demonio, dime :
¿ quién tiene más razón ?

RAMÓN DE CAMPOAMOR

40.—EL ROSARIO DE MI MADRE

De la pobreza de tu herencia triste,
sólo he querido, ¡ oh madre !, tu rosario ;
sus cuentas me parecen el calvario
que en tu vida de penas recorriste.

Donde los dedos, al rezar, pusiste,
como quien reza a Dios ante el sagrario,
en mis horas de errante solitario
voy poniendo los besos que me diste.

Los cristales prismáticos y oscuros,
collar de cuentas y de besos puros,
me ponen, al dormir, círculo bello.

Y de mi humilde lecho entre el abrigo
¡ me parece que tú rezas conmigo
con tus brazos prendidos a mi cuello !

SALVADOR RUEDA

41.—AL RETRATO DE MI MADRE

Es ella, sí : la venerada frente
que adoró mi niñez ; de nuevo miro
con profunda emoción, aunque las huellas
del tiempo y del dolor tiene grabadas.
He aquí los ojos que mi débil cuna
extáticos velaban, y los labios
que con tierno cariño tantas veces
en mi pálida frente deponían
el santo beso maternal... Imagen
de la madre mejor y más amada,
ven a mis labios, a mi ardiente seno,

Mas, si el Cielo mis ruegos escuchara,
no pidiera en verdad el don divino
de Rafael de Urbino
para exornar de resplandor su cara...

Trocar querría yo vida por vida,
darle en ofrenda mi vigor lozano :
verme yo convertido en un anciano
y ella de dicha y juventud henchida.

EDMUNDO DE AMICIS

46.—MADRE MÍA

Al dormirme tranquilo en la noche,
¿quién, amante, mi frente acaricia?

¿Quién me da de mañana sus besos?

Tú, madre mía.

¿Quién alienta, afanosa, mis pasos?

¿Quién, con voz de ternura exquisita,
mis errores de niño corrige?

Tú, madre mía.

¿Quién, con todos, es dulce y es buena

¿Quién al triste acompaña en sus cuitas?

¿Quién me infunde el amor de los hombres?

Tú, madre mía.

Cuando el tiempo tu rostro marchite
y tu voz y tus fuerzas se extingan,

¿quién por ti velará cuidadoso?

Yo, madre mía.

RODOLFO MENÉNDEZ

47.—LA MADRE SE QUEDA EN CASA...

(De Las hijas del Cid)

La madre se queda en casa,
el padre se va a la guerra ;
la hija quería abrazarle,
no llegaba a la estribera.
La madre la toma en brazos ;
se abaja el padre y la besa.
—¡ Ay, si estuviera en mi lanza,
había de hacerte reina !

* * *

La mujer hilaba lana,
el marido gana tierras ;
la niña ganaba en años
los años de la belleza...
—¿ Qué has hecho, mujer, el tiempo
que yo he pasado en la guerra ?
—Primero hilaba esta lana,
después tejía esta tela ;
ahora que nos vuelves tú,
dirás para qué aprovecha.
—Ahora que os he vuelto yo,
diré para qué aprovecha :
dame tijeras de plata,
y dile a tu hija que venga ;
para sus hombros reales
cortaré un manto de reina.—
La buscan por todas partes,
la llaman y no contesta ;
de los graneros al patio,
del estrado a la escalera...

En aquella alcoba muda
de que han entrado, ya tiemblan ;
tendida en su cama blanca,
blanca está como la cera ;
encima del corazón
las dos manos tiene puestas.
—Toma la tela, mujer,
que yo non tendría fuerzas ;
con el temblor de los dedos,
non cortaría a derechas.
Lo que debía ser manto
será mortaja de reina...
¡Lanza que me has dado un trono,
para qué poco aprovechas !

EDUARDO MARQUINA

48.—EL HOGAR

(POR ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW)

¡Cuán dichoso el afecto que se esconde !
Quédate, corazón, en tu lugar ;
nunca la dicha a la inquietud responde
de almas que corren sin saber adónde ;
vale más el reposo del hogar.

Para ellas nunca hay paz : en su extravío,
cruzan de Oriente a Ocaso tierra y mar,
siempre barridas por el viento impío
que alza la duda en el desierto frío ;
vale más el reposo del hogar.

¡Goza en la sombra, corazón ! Sin duelo
descansa el ave en el nativo alar,
y siempre halcón traidor amaga el vuelo
de las que vagan por el alto cielo ;
vale más el reposo del hogar.

Versión por MIGUEL ANTONIO CARO

49.—ESTÍO, RUMOR DE AGUA...

Estío. Rumor de agua que corre. Algarabía súbita de los pájaros. Silencio. Mediodía. Sombra de los follajes. Claros de sol. Reposo. La vida duerme en medio del aire luminoso. El reloj da las doce. Dorada abeja pasa. Todo es sagrado en esta mi antigua y noble casa, que esperó mi retorno con tanto amor y pena. Me conocen los árboles. En la vieja alacena de mi niñez los libros me aguardan. Todo vive una vida más honda. Mi niñez me recibe. Después de tantos años de un vivir harto duro se me agolpan las lágrimas cuando me dice: «Arturo» la vieja tía, y cuéntame lo que no me dijeron los que, amándome mucho, de la casa se fueron con mi nombre en los labios a la mansión callada... —Vamos, ya son las doce, no estés triste, no es nada.

Bajo el parral con negros y dorados racimos, la misma fuerte mesa, donde antaño comimos, nos ofrece el sosiego de sus blancos manteles y el agua cristalina de los claros cristales; y en las lozas, las peras, duraznos, moscateles y azucarados higos. De nuevo los zorzales vuelan, cantan y cállanse en el huerto. Respiro la delicia de este aire de montañas; y os miro, por entre los ramajes, mis sierras familiares, que sois las mismas siempre. Mis antiguos pesares se transforman en pétalos de flor fragante y pura. Y con los grandes higos de una intensa dulzura, con las peras doradas, los duraznos fragantes, van surgiendo de nuevo los días ya distantes

de aquella suave y diáfana, extinta mocedad,
que aquí vivió sus horas de miel y de ambrosía,
que aquí supo de ensueño, de amor y de armonía,
y que se halló de pronto frente a la inmensidad...

ARTURO MARASSO

50.—¡HOME, SWEET HOME!

(¡Hogar, dulce hogar!)

Aquí mi hogar ; en él, todo modesto,
mas todo limpio, todo bien cuidado.
Cada mueble costó muchos afanes,
pero al fin quiso Dios su gracia darnos.
¡ Bendita, tú, fortuna de los pobres,
fincada en el cariño y el trabajo !
Aquí mi hogar, y en él toda mi dicha :
la novia del ayer, madre de hogaño ;
la fiel guardiana del amor ; la noble
voz que consuela ; la piadosa mano.
¡ Cuán dulce es ver que el alma de la esposa
es la misma que en días del noviazgo !
Aquí mi hogar, mi esposa y el espejo
en que nos contemplamos ;
este espejo tan límpido, tan puro,
este espejo encantado...
(Ya tienes veinte meses, hija mía ;
¡ Dios te guarde cien años !)
Aquí mi hogar, mi plenitud, mi Todo ;
y yo, dócil vasallo
—vasallo ¡ y rey ! en mi pequeño mundo—,
una cosa tan sólo suplicando :
que Dios no quite nunca su mirada
de este humilde rincón donde moramos !

ARTURO L. ALBERT

51.—LOS GOCES DEL HOGAR

¡ Oh, cuán dulces ! ¡ Oh, cuán puros
son los goces del hogar !

Sale el sol, la noche cierra,
y ellos vivos siempre están.

Tiene el mundo sus placeres,
es su fruto acerbo asaz ;
en la dicha oculta hallamos
más dulzura y más verdad.

De los montes el torrente
raudo baja y fiero al par ;
más fecundo el arroyuelo
mudo valle riega en paz.

Los afectos de la vida
son incierta claridad ;
más de cerca y sin mudanzas
brilla el astro del hogar.

El edén de nuestros padres,
¿ qué viajero halló jamás ?
De tus lares en el centro
nuevo edén podrás gozar.

Las delicias de la gloria
no entrevió ningún mortal ;
la familia venturosa
breve cielo goza ya.

MIGUEL ANTONIO CARO

52.—MI DULCE HOGAR

Hogar de mis recuerdos,
a ti volver anhelo ;
no hay sitio bajo el cielo
más dulce que el hogar.
Posara yo en palacios,
corriendo el mundo entero,
a todos yo prefiero
mi hogar, mi dulce hogar.

Allí la luz del cielo
desciende más serena ;
de mil delicias llena
la dicha del hogar.
Allí las horas corren
más breves y gozosas ;
allí todas las cosas
recuerdan sin cesar
mi hogar, mi dulce hogar.

Más quiero que placeres
gozar en tierra extraña,
volver a la cabaña
de mi tranquilo hogar.
Allí mis pajarillos
me alegran con sus cantos ;
allí, con mil encantos,
está la dulce paz :
mi hogar, mi dulce hogar.

RAFAEL PRAGUEIRO

53.—CUADRO DEL HOGAR

Un gabinete octógono ; las flores,
en vasos de alabastro transparentes ;
en los muros, tapices de colores ;
a lo lejos, el eco de una fuente.

Un velador allí ; luz sonrosada
los blancos artesones alumbrando ;
un piano más allá, y en su almohada,
dos niños abrazados dormitando.

Abierta la ventana ; de la luna
un rayo deslizándose en la alfombra ;
junto a la imagen del Señor, la cuna ;
bajo los olmos del jardín, la sombra.

Allí la esposa está : junto al piano,
que opalescente luz alumbra apenas,
acaricia las teclas, y su mano,
parece un ramillete de azucenas.

Los largos pliegues de su bata cubren,
como velo de virgen, sus hechizos,
y dos rosas muy blancas se descubren
entre la negra noche de sus rizos.

Gentil, sacude de su talle esbelto
la vaporosa y perfumada falda,
y arroja en trenzas el cabello suelto
sobre el terso alabastro de la espalda.

Las ondas opulentas de su traje
mal ocultan los hombros con su bruma,
que aparecen, saliendo del encaje,
como Venus brotando de la espuma.

A veces, una ráfaga indiscreta
que penetra agitando la cortina,
con brazos impalpables la sujeta,
y sus formas de arcángel adivina.

Soñad mientras yo mezco vuestra cuna a compás,
y sollozo, pensando en la pobre hermanita
que se fué toda blanca en su blanca cajita
una tarde muy triste, para siempre jamás !

EMILIO CARRERE

57.—MATERNIDAD

Ya en el medio del mar riel
la tibia luz de la luna ;
tú duermes, y aquí en tu cuna
mi amor dulcemente vela.
Y aunque ahora no me sonría
tu labio justo y sincero,
dormida besarte quiero ;
duerme, duerme, niña mía.

Del baile alegre y brillante
oigo los plácidos sonos,
y el ruido de los salones
llega hasta aquí palpitante.
Allá entre luz y armonía
habrá placer, ilusión ;
pero aquí mi corazón
contigo está, niña mía.

Cuando yo, vivaz doncella,
del baile el umbral pisaba,
nueva vida allí encontraba,
brillante, espléndida y bella ;
y mi alma de su alegría
en las ondas se bañaba...
Mas ¡ ah ! cuán poco duraba ;
duerme, duerme, niña mía.

Callaban flauta y violín
en la sala ya desierta,
y del sarao a la puerta
nos esperaba el quitrín.
La ilusión desaparecía,
el desencanto llegaba...
Pero tu amor no se acaba
como un baile, niña mía.

Triste luego ante el espejo
deponía el rico adorno
que de mis sienes en torno
derramaba su reflejo,
y sin orden desprendí
el lazo, la cinta, el broche...
¡Cuánto afán para una noche!
Duerme, duerme, niña mía.

Y cuando luego doblaba
en la almohada mi frente,
largo rato inútilmente
con el insomnio luchaba,
¡oh! entonces, entonces sentía
de la inquietud el tormento,
y ora velándote, siento
dulce placer, niña mía.

La ilusión a las doncellas
las lleva sobre las alas,
a ellas, flores y galas,
fiestas y bullicio a ellas.
Yo gocé también un día
ese encanto pasajero.
Ya soy madre... ¿qué más quiero,
qué más quiero, niña mía?

De mis días venturosos
eres la dicha mayor,
tú, relicario de amor
de dos felices esposos.

Tú de mi vejez sombría
luz y esperanza serás,
tú mis ojos cerrarás ;
duerme, duerme, niña mía.

¡ El viene !... ya oigo sus pasos.
¡ Oh, qué ventura es ser madre !
Con amor de esposo y padre
nos estrechará en sus brazos.
¡ Ah !, que tu boca sonría
cuando él te bese la frente...
Mas no, reposa inocente ;
no despiertes, niña mía.

MIGUEL T. TOLÓN

58.—HA NACIDO UN NIÑO

I

Ha nacido un niño : la vida se agranda
con su advenimiento todo donosura.
Cantemos al niño, que Dios nos lo manda :
¡ ofrenda sublime de excelsa ventura !

Madres cariñosas ; hermanos poetas,
dadme vuestros besos y vuestras canciones.
¡ Mis ansias de padre, celosas, secretas,
contagian su gloria por los corazones !

Por el niño mío, que nació radiante
de amorosa vida ; plenos de bonanzas,
digamos, poetas, la canción amante
con el dulce ritmo de las esperanzas !

II

Un niño que nace : romance de amores,
prólogo bendito de gloria futura,
¡ lucero divino, cuyos resplandores
despejan las sombras de la desventura !

Madrecitas bellas ; novias cariñosas ;
hermanos poetas : debajo la luna
de esta grata noche, traedle muchas rosas,
cantad muchos versos, que hay gloria en su cuna !

RICARDO M. LLANES

59.—TRABAJAR PARA SU DAÑO

La madre de un muchacho campesino
ganaba de comer hilando lino,
y el muchacho, grandísimo galopo,
le hurtaba una porción de cada copo.

Juntando las porciones, fué tejiendo
un látigo tremendo,
con la benigna idea
de zurrar a los chicos de la aldea.

Los ocios del amigo no eran buenos ;
la intención, por lo visto, mucho menos.

Dióse a pelar la rueca tanta prisa,
que hubo la madre de notar la sisa ;
y registrando desde el piso al techo,
el látigo encontró de hurtillos hecho.

Cogiólo furibunda,
y al hijo dió con él tan recia tunda
que, a contar de las posas al cogote,
no le dejó lugar libre de azote,
diciendo al batanarlo de alto a bajo :
—¡ Mira cómo te luce tu trabajo !

A robar te llevó tu mal deseo,
y con el robo yo te vapuleo.

Siempre verás que el vicio
se labra por sus manos el suplicio.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

60.—DE PANTALÓN LARGO

Está Pepe «el Rosca»
y está «la Milagros»,
que bailan de gozo
porque su muchacho
cumple doce abriles,
y pa celebrarlo
hoy ponen al chico
pantalones largos.

Hay que ver al chaval hecho un hombre ;
anda recio y bracea , con garbo,
y su padre y su madre le miran
y le abrazan y dicen : Dios santo,
si parece mentira que sea
este mozo el mocete de antaño ;
si parece que está más crecío
y hasta ya da vergüenza besarlo...

Jesús, cómo pasan
los pícaros años ;
si nos hacen viejos ;
mía qué renacuajo,
y qué bien le sientan
los calzones largos.

Las vecinas se salen a verle,
y al cruzar el chaval por el patio,
le jalean, le aplauden y gritan :
—¡ Olé ya por los cuerpos serranos !
—¡ Dios bendiga a los mozos de rumbo !
—¿ Vas por novia por un por si acaso ?
Porque aquí tengo yo una morocha
que también ha vestío de largo.

Y el chico camina
más serio que un ajo,

y el padre y la madre,
detrás del muchacho,
sonríen al verle
tan serio y tan guapo.

Van en ca del agüelo Faustino,
que no sabe palabra del caso,
y le quieren largar la sorpresa,
y suben, y llaman, y sale el anciano,
que, al ver a su nieto, va y dice : ¡ Repuño !
¿ Quién es este señor tan reguapo ?...

Y le mira y le abraza y le besa,
y el pobre agüetele llora de entusiasmo,

y vuelve a mirarle,
y vuelve a besarlo,
y quíe convencerse,
y de arriba abajo
contempla al chiquillo,
y dice cambiando

de tono, al mocete que escucha al agüelo,
y al padre y la madre, que están extasiados :

—Hijo mío : hoy te visten de hombre
siendo niño ; no sabes lo amargo
y difícil del trance, mi vida,
que, aunque a broma, mi bien, lo tomamos,
tú no sabes lo serio, hijo mío,
que es dar en el mundo ese paso.

Muchas veces, hijito del alma,
os vestimos alegres de largo,
y después de algún tiempo decimos,
al mirar que no vais caminando
por el mundo por güenos senderos :
¡ Quién pudiera volver a otros años !
¡ Quién pudiera vestirle de niño
al que de hombre vestí, Cielo santo !

Y basta de penas
y sermones rancios ;

toma pa que invites
a toos, y cuidado
a quiénes invitas,
que hay amigos malos...
¡Jesús, cómo pasan
los pícaros años ;
si nos hacen viejos ;
mía este renacuajo,
y qué bien le sientan
los calzones largos !...

ANTONIO CASERO

61.—EL NIÑO ENFERMO

—Aquí me tienes ya, príncipe mío.
¡Cómo me gusta a mí verte contento !
¿Que estás malito?... ¿Un beso?... ¡No uno ; ciento !
Pero te abrigaré... ¡Si tienes frío!...

Toma este dulce. ¿No?... ¡¡¡Lo quiere el tío!!!
¡Utú allá, que no es tuyo ! ¡Bien ! Me siento.
Muy cerquita de ti. ¿Que cuente un cuento ?
¿Aquel de la hormiguita que fué al río... ?

Era esta vez y vez una hormiguita.
Llegó a un pozo, a dos pozos y a tres pozos
para lavar su ropa... (¿A ver?... ¡sudando !)
¿Que siga?... Sí, hijo, sí. (¡Fiebre maldita !
¿Qué cuento contaré, si los sollozos,
¡triste padre infeliz !, me están ahogando ?)

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

62.—AMOR DE MADRE

Joven aún, entre las verdes ramas,
de secas pajas fabricó su nido.
La vió la noche calentar sus crías,
la vió la aurora acariciar sus hijos.
Batió sus alas y cruzó el espacio,
buscó alimentos en lejanos riscos ;
trajo de frutas la garganta llena,
y con arrullos despertó a sus hijos.
El cazador la contempló dichoso...
y, sin embargo, disparóla un tiro...
Ella, la pobre, en su estertor de muerte,
abrió las alas y cubrió a sus hijos.

VÍCTOR HUGO

DIAS DEL MAESTRO Y EL LIBRO

63.—ADIÓS A LA ESCUELA

Ha llegado el momento de dejarte ;
nuestra labor del año está cumplida ;
somos el escuadrón blanco que parte
con la amargura de la despedida.

Patio con sol, que nunca olvidaremos ;
aula, donde aprendimos tantas cosas ;
pedacito de cielo, que aun te vemos
por la ventana abierta entre las rosas...

Ya no vendremos más a tu llamado,
vieja campana de color ceniza,
ni escribiremos en el encerado
con la barrita blanca de la tiza.

Queda entre tus paredes nuestra infancia,
el primer goce y el primer quebranto,
la amistad, esa flor de tolerancia,
y las maestras, que quisimos tanto.

¡ Adiós, escuela ! Con el alma henchida
de gratitud, la caravana parte.
Nuestro blanco escuadrón hará en la vida
más de un alto, tal vez, para adorarte.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ

64.—ADIÓS A LA MAESTRA

Obrera sublime,
bendita señora :
la tarde ha llegado,
también, para vos.
¡ La tarde que dice
descanso !... ¡ La hora
de dar a los niños
el último adiós !

Mas no desespere
la santa maestra :
no todo en el mundo
del todo se va.
Usted será siempre
la brújula nuestra...
¡ la sola querida
segunda mamá !

Pasando los meses,
pasando los años,
seremos adultos
geniales, tal vez...
¡ Mas nunca los hechos
más grandes o extraños
desfloran del todo
la eterna niñez !

En medio a los rostros
que amante conserva
la noble, la pura
memoria filial—
cual una solemne
visión de Minerva—,
su imagen, señora,
tendrá su sitio.

Y allá donde quiera
la ley del ambiente
nimbar nuestras vidas,
clavar nuestra cruz,
la escuela ha de alzarse
fantásticamente,
cual una suntuosa
gran torre de luz.

No gima, no llore
la santa maestra :
no todo en el mundo
del todo se va.
Usted será siempre
la brújula nuestra...
¡ la sola querida
segunda mamá !

PEDRO B. PALACIOS (Almafuerte)

65.—LA MAESTRA RURAL

La maestra era pura. «Los suaves hortelanos,
decía, de este predio, que es predio de Jesús,
han de conservar puros los ojos y las manos,
guardar claros sus óleos para dar clara luz.»

La maestra era pobre. Su reino no es humano.
(Así en el doloroso sembrador de Israel.)

Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano,
¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!

La maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida!
Su sonrisa fué un modo de llorar con bondad.
Por sobre la sandalia rota y enrojecida,
tal sonrisa, la insigne flor de su santidad.

¡Dulce sér! En su río de mieles, caudaloso,
largamente abrevaba sus tigres el dolor.
Los hierros que le abrieron el pecho generoso,
¡más anchas le dejaron las cuencas del amor!

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía
el himno y la plegaria, nunca viste el fulgor
del lucero cautivo que en sus carnes ardía:
pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez prendiste
su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste;
¡y en el solar de tu hijo, de ella no hay más que de ti!

Pasó por él su fina, su delicada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que, lento, se nieva,
es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?

Daba sombra por una selva su encina hendida
el día en que la muerte la convidó a partir.
Pensando en que su madre la esperaba dormida,
a la de Ojos Profundos se dió sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido, como en cojín de luna;
almohada de sus sienes, una constelación;
canta el Padre para ella sus canciones de cuna,
¡y la paz llueve largo sobre su corazón!

Como un henchido vaso, traía el alma hecha
para volcar aljófares sobre la humanidad;
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad.

Por eso aun el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear.
¡Y el cuidador de tumbas, cómo aroma, me cuenta
las plantas del que huella sus huesos, al pasar!

GABRIELA MISTRAL

66.—SARMIENTO

Duerme el atleta. Bajo el mármol sueña—
que no descansa—el luchador valiente ;
y plegada sobre él, madre doliente,
cubre su cuerpo la argentina enseña.

Duerme el atleta. El ideal diseña
inmarcesibles glorias en su frente ;
sueña y se ve, tranquilo, omnipotente,
cóndor andino sobre abrupta peña.

¡Allá arriba! ¡Más alto todavía!
donde tan sólo llega el pensamiento—
en la cumbre más áspera y bravía—

¡glorifique la patria sus hazañas!...
¡Que para alzar la estatua de Sarmiento
hay que hacer pedestal con las montañas!

ENRIQUE E. RIVAROLA

67.—SARMIENTO

Una luz familiar, una sencilla
bondadosa verdad en el sendero ;
un estoico fervor de misionero,
que traía por biblia una cartilla.

Fiestas escolares- G

Cuando en la hora aciaga, en el obscuro
ámbito de la sangre, su mirada
de inefable visión fué deslumbrada,
y levantó su voz, a su conjuro,
 en medio de las trágicas derrotas,
y entre un sordo rumor de lanzas rotas,
sobre las pampas, sobre el suelo herido,
 se hizo cada vez menos profundo
el salvaje ulular, el alarido
de las épicas hordas de Facundo.

EVARISTO CARRIEGO

68.—CAMINO DE LA ESCUELA

Yo soy ese chiquillo de carita de cera,
de sombrero de paja y delantal de dril,
que, agobiado por una reluciente cartera,
camina hacia la escuela una tarde de abril.

—Buenas tardes—muy serio, digo a la molinera.
—Anda con Dios, hijo—dice con voz senil.
Blanca y resplandeciente está la carretera,
riza el mar de Cantabria su sábana de añil.

Yo soy ese chiquillo que con nadie se mete ;
que sabe de memoria la Historia y el Astete,
y que nunca hizo bien una mal división.

Y que al tornar a casa a través de los prados,
va, con los grandes ojos, húmedos y pasmados,
en las trenzas doradas y luengas de Ascensión.

B. FERNÁNDEZ MORENO

69.—LA ESCUELITA SERRANA

Era una tarde lenta y silenciosa,
el crepúsculo todo lo esfumaba ;
el aire tibio entre las hojas iba
como a buscar una caricia blanda ;
todo estaba en reposo, y hasta el cielo,
divinamente rosa, meditaba.

Mi mulita andariega, sobre riscos,
por el sendero lleno de fragancias,
subía fatigosa hacia la cumbre,
con un temblor en sus orejas largas.

Abajo, junto al río, que fingía
entre las hierbas un filón de plata,
los álamos oscuros, con misterio,
de cosas imposibles, dialogaban.
Y había en el ambiente de la sierra
un perfume de menta y albahaca.

De pronto, en un recodo del camino,
se vió una casa diminuta y blanca,
que sobre el verde suave de los prados
una inmóvil paloma semejava.

Y mi mula andariega proseguía,
en el camino áspero, su marcha.

Legué hasta el cerro. La casita era
una escuela rural abandonada ;
en el patio de tierra sólo un sauce,
como viejo portero, me esperaba.
El me contó de los pasados años,
cuando, al romper en trinos la mañana,
por todos los caminos de la sierra
afluían los niños en bandadas.

¡ Ah, los pequeños, cómo al trotecito
de sus cansinas bestias, se acercaban,
y cómo herían el reposo agreste
sus bulliciosas risas alocadas !
...Después, me lo ha contado el viejo sauce,
la maestra murió ; quedó cerrada
la escuelita rural, y desde entonces,
nada turba el silencio de sus aulas.

Me bajé, sigiloso, y descubierto,
como un creyente ante una ermita santa,
estuve contemplando largo rato
aquella humilde casa solitaria.

Unos gorriones pícaros, en lo alto
de las pajas del techo, se besaban,
y junto al pozo, casi destruído,
yacía, sin sonidos, la campana.

Al irme hacia la aldea, en el crepúsculo,
la cabeza volví para mirarla ;
y parecióme ver que ella y el sauce,
en su abandono triste, sollozaban.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ

70.—LA ESCUELA

Son las niñas de hoy, las hijas tiernas
que el ala maternal cubre y calienta ;
las madres de mañana, en cuyo espíritu
y en cuyo corazón la escuela siembra.

Son los niños de hoy, los hijos tiernos
que aun bajo el palio paternal caminan ;
y son los ciudadanos de mañana
que en la escuela se forman a la vida.

Con ellos viene el porvenir : ¡ miradlo !

El porvenir con sus brillantes galas :
para los oprimidos, el consuelo ;
para los abatidos, la esperanza.

¡ Yo te saludo, ejército invencible
de la fecunda e inmortal cruzada !
¡ Yo te saludo, escuela, noble escuela,
que matas en su germen la ignorancia !

¡ Foco inmenso de luz, astro divino,
que iluminas el cielo de la patria ;
fuente de paz, de bienestar, de gloria ;
redentora del mundo, marcha, marcha !

JOSÉ PEDRO VARELA

71.—LECCIÓN GRAMATICAL

Quiso cierto coronel,
con plausible pensamiento,
que todo su regimiento
se ilustrase en el cuartel.

Y los sargentos, nombrados
quedaron sin excepción,
para dar diaria lección
instructiva a los soldados.

No fué tentativa vana,
y en cuanto supieron leer,
empezaron a aprender
Gramática castellana.

Un sargento, perro dogo
en cara y en intenciones,
y por sus explicaciones,
más perro que pedagogo,
de esta manera decía,
muy serio, en cierta ocasión

a la sumisa reunión
de valientes que instruía :

—Muchachos, voy a explicá
lo que es nombre surtativo :
Es nombre... hablando a lo vivo,
too lo que se pué tocá.

Er pelo, er cuti, la boca,
los zapatos, los carsones,
er sable, las municiones,
por fin, too lo que se toca.

Miró después a su gente,
y fijándose en un quinto
andaluz, dijo : —Tú, Pinto,
a ver, dos pasos al frente.

Ahora te voy a poné
un ejemplo descriptivo,
pa que er nombre surtativo
digas en arto cuál é.

Mucho tino y ojo al cuento :

Se quema una casa en Cáii.

¿Cuál es er nombre?

—Ahí no hay
surtativo, mi sargento.

—¿Cómo que no?

—Claro está.

—¿Que no hay surtativo?

—No.

—¡ Y que pierda el tiempo yo
estruyéndote, animá!

—Pero, ¡ por vía e San Roque!—
replica el quinto con flema—.

Pus si la casa se quema,
¿ cómo quié usté que la toque?

72.—REPROBADO EN HISTORIA

Señores, voy a contaros
algo que parece un cuento,
pero es realidad tan real
como que aquí me estáis viendo.
Os voy a contar, señores,
las angustias de un momento
que algunos llaman examen
y que yo llamo tormento.
Las fatigas que preceden
y los sudores dejemos,
que no acabaría nunca
de enumerar mis aprietos.
Y vamos al punto al grano...
No a esos granos tan molestos
que suelen salir a veces
en la nariz o el pescuezo,
sino al grano del relato,
que acaso os parezca cuento.
Me llama una voz gangosa,
medio voz y medio viento :
«Señor Francisco Galíndez.»
Y yo respondo al momento :
—«Presente.» —«Pase adelante.»
Entro. —«Tome usted asiento.»
Yo quiero tomar la silla,
mas es tal mi aturdimiento,
que la tomo por las patas ;
quiero sentarme, y... al suelo.
Los profesores se ríen,
y yo me quedo muy serio.
Sudando la gota gorda,
logro, al fin, tomar asiento.

—«Pregunte usted, Profesor»,
le dicen a mi maestro.

Y él se cala unos anteojos
del antiguo testamento.

Toma el programa y empieza
su funesto fogoneo.

—«Historia argentina».

—«Vamos

—pensaba yo en mis adentros—,
la Historia la sé tan bien
como Cantú. ¡Qué Canejo!

—«Vamos a ver, amiguito,
usted que tiene talento :
¿ Dónde ha nacido Colón ?»

—«¡ En Portugal !»—le contesto
con tal aplomo, que casi
lo dejo tieso en su asiento.

—«¿ En Portugal ? Pero, amigo,
me parece que está lejos.»

Yo ya perdí la memoria,
voluntad y entendimiento.

—«Entonces nació en Italia»—
repuse enojado, viendo
que al primer tapón, zurrapa,
y que me enredé en los tientos.

—«¡ En Italia ! Ya algo dijo.
En Italia. Eso está bueno.

¿ Pero dónde ? ¿ En la Calabria,
en Turín, Roma, Palermo ?»

—«No, señor ; nació en su casa ;
al menos, así lo creo.»

Yo estaba con tal batata,
con un jabón tan tremendo,
que, más que examen, quisiera
estarme en cama muriendo.

El profesor, que notaba
mi ineptia y atrevimiento,
me dijo : — « ¡ Calle, insolente !
¡ Márchese usted al momento
a aprender educación,
que si en Historia es jumento,
en educación es zote,
y en ambas cosas un cero ! »
Yo, repuesto de mi susto,
aguanté aquel aguacero,
tomé mi gorra y me vine
para contaros el cuento.

ANDRÉS CALCAGNO

73.—LOS PAJARILLOS SUELTOS

I

No mandes a los nenes a la escuela,
porque no la han abierto
y está, si es que el Señor no hace un milagro,
cerraiica pa tiempo...
Ha caído en la cama,
mu malico, el maestro,
y es cosa de temer, por las señales,
que ya no se levante el *probe* viejo...
Una jaula vacía
paece la escuela con aquel silencio...
y a sus anchas corriendo los zagales,
una *bandá* de *pajaricos* sueltos.

II

Ya doblan las campanas...
ya *arremató* el maestro...
Muncha pena me da, porque era un hombre
de los pocos que hay *güenos*...

Muncha pena me da, por los zagales...
¡ No paro de pensar qué va a ser de ellos !...

III

¡ Traigo en el corazón una tristeza !...
 D'allá abajico vengo :
La escuela, *cerratca*, como siempre,
 y con aquel silencio...
Chillando *alreorcico* los zagales,
 y a sus anchas corriendo...
 ¡ La *jaulica*, vacía,
y la *bandá* de *pajaricos* sueltos !

VIOENTE MEDINA

74.—A LA INVENCIÓN DE LA IMPRENTA (FRAGMENTO)

¿ Con qué fin el Destino
la trompa de la fama, hijo de Apolo,
a vuestro aliento armónico y divino
quiso entregar ? El don de la alabanza,
la hermosa luz de la brillante gloria,
¿ serán tal vez del nombre a quien daría
eterno oprobio o maldición la Historia ?
¡ Oh ! Despertad : y el humilde acento,
 con majestad no usada,
suba a las nubes, penetrando el viento ;
y si queréis que el Universo os crea
dignos del lauro en que ceñís la frente,
que vuestro canto enérgico y valiente
digno también del Universo sea,

No los aromas del loor se vieron
vilmente degradados
así en la antigüedad ; siempre las aras
de la invención sublime,
del genio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno ; y de la madre tierra
el seno abriendo con el fuerte arado,
el precioso tesoro
de vivífica mies descubre al suelo,
y grato el canto le remonta al cielo,
y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿ Dios, no fuiste también tú, que allá un día
cuerpo a la voz y al pensamiento diste,
y, trazándola en letras, detuviste
la palabra veloz que antes huía ?

Sin ti se devoraban
los siglos a los siglos, y a la tumba
de un olvido eternal, yertos bajaban.

Tú fuiste : el pensamiento
miró ensanchar la limitada esfera
que en su infancia fatal le contenía.
Tendió las alas, y arribó a la altura
de do escuchar la edad que antes viviera,
y hablar ya pudo con la edad futura.

¡ Oh, gloriosa ventura !

Goza, genio inmortal, goza tú solo
del himno de alabanza y los honores
que a tu invención magnífica se deben :
contéplala brillar, y cual si sola
a ostentar su poder ella bastara,
por tanto tiempo reposar natura
de igual prodigio al Universo avara.
Pero al fin, sacudiéndose, otra prueba
le plugo hacer de sí, y el Rhin helado
nacer vió a Guttenberg. « ¿ Con que es vano
que el hombre al pensamiento

alcanzase, escribiéndole, a dar vida,
si desnudo de curso en movimiento
en letargosa obscuridad se olvida?
No basta un vaso a contener las olas
del férvido Oceano,
ni en sólo un libro dilatarse pueden
los grandes dones del ingenio humano.
¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si a natura
un tipo basta a producir sin cuento
seres iguales, mi invención la siga:
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
una misma verdad, y que consiga
las alas de la luz al desplegarse...

MANUEL JOSÉ QUINTANA

75.—ANTE UNA PÁGINA EN BLANCO

¿Qué palabras
vendrán, con mansedumbre de palomas,
a picotear en esta página,
y quedarán, con las alas abiertas,
para siempre enligadas?
¿O como alondras
remontarán el vuelo,
cual de un trigel maduro
e irán a desgranar en el alto silencio
melodías arracimadas?
¿Qué paisajes,
todavía increados,
emergerán como arrecifes
de esta lisura nivosa de páramo?
¿Qué llameantes corolas abrirán
en su desierto blanco?

¿ O qué lágrimas filtra
el corazón y esperan
caer como rocío
sobre la flor sedienta ?
¿ Qué votos pugnan por saltar
del alma a las estrellas ?
¿ Qué voz quiere nacer para cantar ?

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

76.—EL CAZADOR DE PALABRAS

Y aunque yo fuera mozo, no sabía
de las palabras nada.
Pero vino el amor, y presentida
fué su gracia.
Yendo, pues, aquel día de aventura
por no sé qué distancias,
por senderos de cuentos y novelas,
trasoñando, por églogas y fábulas,
con todos los arreos
del que salió de caza,
vi pasar, balanceándose en los cielos,
bandadas de palabras :
bandadas de zorzales,
bandadas de calandrias,
bandadas de palomas...
¡ bandadas de palabras !
Y me quedé mirando, pensativo,
pensando en los amores de mi alma.
Y como así me vieron
suspenso ante el volar de las palabras,
ya me decían todos :
— ¡ Anda, cázalas !
Mas yo dije : — No quiero.
Bien vi que son sagradas.

Jamás las guardaría
en ominosas jaulas.
Pero dije también : —¡ Ah, si ellas solas,
palomas o calandrias,
zorzales o gorriones,
vinieran a mi verso y se posaran !
Y estudiando la ciencia misteriosa
de estos errantes pájaros del alma,
hice del corazón caja de música...
y los llamaba :
—¡ Venid, que amores tengo !
—¡ Venid, mi fuente canta !
Y los pájaros solos
venían a mi verso y se posaban.

ARTURO CAPDEVILA

77.—EN UNA PÁGINA DE UN LIBRO DE VERSOS

...Aquí aun viviente el alma está de claros días,
cuando busqué en ignota región tu lumbre pura,
¡ oh, amor ! Aquí aun revuelan ¡ tan suaves melodías !,
la ilusión se remoza y es dulce la amargura.

Versos hechos de lágrimas que hoy son bellos dia-
[mantes,
y de palabras tristes que hoy son divino acento ;
rocío entre las rosas de las albas distantes,
ráfagas del octubre que trae a otoño el viento...

Ya sois, viejos poemas, un parque abandonado,
donde el verdeante estío junto al ciprés florece ;
la juventud risueña aquí se me ha quedado,
y la ilusión, que oculta, con las años aun crece.

Ilusión que eres mía, nunca de mí has huído ;
sonríes entre lágrimas, Andrómaca aun dichosa ;
me espera el fuerte arquero y el héroe enfurecido...
¡ Mas, en este momento, mi corazón reposa !

Floreced en mi torno, jardines de aquel día,
que iba brotando en oro de luz y azul de Oriente ;
oiga mi alma el acento de olvidada armonía
y esa voz, tan amada, que aun suena eternamente.

ARTURO MARASSO

78.—LA BIBLIOTECA

Cubriendo los estantes de la gran biblioteca,
me hablan calladamente los libros familiares
que devanan, como una maravillosa ruela,
ideas infinitas, anhelos seculares.

Santos, poetas, sabios, hicieron estas obras ;
enormes pensadores, poetas prodigiosos,
en horas de esperanza, de alegría o zozobras,
alzaron, línea a línea, estos templos suntuosos.

Prolijos, incansables, mi alma los imagina
frente al oculto océano del pensamiento fuerte,
con el ansia profunda de hacer obra divina
que cruce las edades y que venza la muerte.

¡ Oh, maestros insignes, quién pudiera en el frágil
vaso, donde una gota hay del néctar sagrado,
hacer surgir de nuevo el libro recio y ágil
que pueda, sin rubores, dormir a vuestro lado !

ARTURO MARASSO

79.—LA BIBLIOTECA

(POR MAURICE ROLLINAT)

Como un añoso bosque era el recinto quieto.
Trece lámparas férreas, oblongas y espectrales
lanzaban, noche y día, sus luces sepulcrales
sobre los viejos libros henchidos de secreto.

Al penetrar, sentíame tembloroso e inquieto ;
me soñaba entre brumas y estertores mortales ;
me tendían sus brazos trece blandos sitiales ;
trece grandes retratos me lanzaban su reto.

Una noche, a las doce, desde la alta ventana,
veía el bailoteo de la sombra lejana
del fugitivo duende que en el foso se agita ;

cuando turbóse mi ánima y mis miembros temblaron ;
trece campanillazos del péndulo sonaron
en el silencio horrible de la sala maldita.

Version por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

80.—LIBROS

Aburrido espectáculo
de libros hacinados en las estanterías,
como en un venerable tabernáculo,
y a los que tantas veces, en los aciagos días,
pedimos el secreto del oráculo,
sin lograr otra cosa que respuestas vacías !...

En un sueño de plomo
dormita ahora su caudal exiguo
de notas falsas y de texto ambiguo ;
y al pasarle la mano por el lomo,
nos parecen las prendas de algún amor antiguo
que un día se nos fué sin saber cómo...

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

81.—EL GRAN LIBRO

Para elevar a Dios el pensamiento
y admirar su poder en los espacios,
no es necesario un mar siempre violento,
ni un sol que vierta luces de topacios.

Basta un valle alejado de rumores,
al que se llegue por oculta vía,
que embalsame el ambiente con sus flores
y que temple el ardor del mediodía.

Basta fijar la vista en el lucero
pálido y triste que en las noches arde,
y escuchar el quejido lastimero
del ave errante al expirar la tarde.

Basta el rocío que en las hojas brilla
y que el rayo de sol pronto evapora ;
basta del río en la desierta orilla
mirar el sauce que se inclina y llora.

Basta la sombra con la luz mezclada,
basta el insecto que en el aire zumba,
basta la flor que nace abandonada
y se marchita al borde de una tumba.

Basta la yerba en el vergel nacida,
basta un arroyo que fecunde el suelo,
una espiga de trigo bendecida,
un pedazo de selva, otro de cielo.

La Natura es el libro en que se admira
la grandeza de Dios, do se halla escrito
ese poema que al mortal inspira
el himno arrobador al infinito.

Su página más íntima y oscura,
un rayo celestial de Dios refleja...
todo en el mundo tiene su hermosura,
menos aquél que de su amor se aleja.

Así, el manto flotante de los cielos
que Dios tendiera con su excelsa mano,
se refleja, sin límites ni velos,
en una gota como en un oceano.

MARTÍN GAROÍA MEROU

82.—CAPERUCITA ROJA

Caperucita Roja visitará a la abuela,
que en el poblado próximo postra un extraño mal.
Caperucita Roja, la de los rizos rubios,
tiene el corazoncito tierno como un panal.

A las primeras luces ya se ha puesto en camino
y va cruzando el bosque con un pasito audaz.
Le sale al paso Maese Lobo, de ojos diabólicos.

—«Caperucita Roja, cuéntame adónde vas.»

Caperucita es cándida como los lirios blancos...

—«Abuelita ha enfermado. Le llevo aquí un pastel
y un pucherito suave, que deslíá manteca.

¿Sabes del pueblo próximo? Vive a la entrada de él.»

Y después, por el bosque discurriendo encantada,
recoge bayas rojas, corta ramas en flor,
y se enamora de unas mariposas pintadas
que le hacen olvidarse del viaje del traidor.

El Lobo fabuloso de blanqueados dientes,
ha pasado ya el bosque, el molino, el alcor,
y golpea en la plácida puerta de la abuelita,
que le abre. (A la niña ha anunciado el traidor.)

Ha tres días el pérfido no sabe de bocado.
¡Pobre abuelita inválida, quién la va a defender!
...Se la comió sonriendo, sabia y pausadamente,
y se ha puesto en seguida sus ropas de mujer.

Tocan dedos menudos a la entornada puerta.
De la arrugada cama dice el Lobo : —«¿Quién va?»

La voz es ronca. — «Pero la abuelita está enferma» —
la niña ingenua explica—. «De parte de mamá.»

Caperucita ha entrado, olorosa de bayas.

Le tiemblan en la mano gajos de savia en flor.

— «Deja los pastelitos ; ven a entibiarme el lecho.»

Caperucita cede al reclamo de amor.

De entre la cofia salen las orejas monstruosas.

— «¿ Por qué tan largas ? », dice la niña con candor.

Y el velludo engañoso, abrazado a la niña :

— «¿ Para qué son tan largas ? Para oírte mejor.»

El cuerpecito rosa le dilata los ojos.

El terror en la niña los dilata también.

— «Abuelita, decidme : ¿ por qué esos grandes ojos ? »

— «Corazoncito mío, para mirarte bien...»

Y el viejo Lobo ríe, y entre la boca negra
tienen los dientes blancos un terrible fulgor.

— «Abuelita, decidme : ¿ por qué esos grandes dientes ? »

— «Corazoncito, para devorarte mejor...»

Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ásperos,
el cuerpecito trémulo, suave como un vellón ;

y ha molido las carnes, y ha molido los huesos,

y ha exprimido como una cereza el corazón...

GABRIELA MISTRAL

IV

DÍA DEL ÁRBOL

83.—ÁRBOLES DE LA ORILLA DE
LAS AGUAS

Arboles de la orilla de las aguas, del flanco
de las montañas ; árbol verde, amarillo, blanco,
que cubrís las llanuras de selvas olorosas,
y dais a las borrascas las hojas temblorosas,
nutriendo las raíces de fuerte zumo eterno ;
y ya sois primavera, o estío, otoño, invierno,
la sonrisa de júbilo de la tierra que os ama
y hace de cada pájaro una lira en la rama.

Pinos del norte, pinos del sur, robles, abetos,
olivos, araucarias, sauces, cipreses quietos,
que durante los siglos, silenciosos, pujantes,
habéis sido en los bosques abuelos y gigantes.
Sois el valor callado, la fuerza y la armonía,
fantasmas en las noches y ángeles en el día ;
el arrullo en vosotros se difunde ; de amores,
sabéis por los ramajes, los nidos y las flores ;

y cuando el hacha ruda y siniestra os derriba,
serenos, clamorosos, os dobláis, desde arriba.

Arbol, árbol divino, he besado tus hojas ;
tu tronco poderoso ; tus flores blancas, rojas,
amarillas, tus yemas de terciopelo ; el fruto
ya de seda, de oro, de miel, o ya el hirsuto
que envuelve ásperamente semilla delicada ;
la semilla, un espíritu, en prisión encerrada,
que espera la voz de ¡ álzate ! para reír, dichosa,
con sus hojas menudas en la estación gozosa.

Arbol, eres la gloria del mundo ; eres la vida
más pura y desbordante en la tierra nacida.
Desde esta hoja que apenas entre la roca vive
hasta el árbol coloso que el claro sol recibe
al hundir sus ramajes en lo azul de los cielos,
mi alma se ha poblado con sus mismos anhelos,
con su misma pujanza, con su misma alegría.
Con vosotros saludo la aurora de este día,
en las riberas ásperas de los mares hirvientes,
en los montes nevados de luz resplandecientes,
en las llanuras llenas de un olor a mañana,
en los suaves jardines y en la fronda lozana.

ARTURO MARASSO

84.—ÁRBOLES DE LA SIERRA

Arboles de la sierra, frondosos y tupidos,
con ramas que se tuercen al peso de los nidos,
y a cuya sombra crecen, en profusión, las setas,
ocultas entre el verde vivaz de las violetas.

Arboles que en las piedras lustrosas del arroyo
con raíces febriles procuráis fuerte apoyo,
y que de las entrañas mismas de los pedriscos
os alzáis hacia el cielo, ingenuamente ariscos.

Ahora estoy observando vuestra traza distinta,
desde el camino que ata, como una larga cinta,
el arroyo a la sierra y al saucedal cercano.

Veo al molle fornido y al piquillín enano,
y junto a la culebra de la pirca de piedra,
al coco, que al amparo de su granito medra.

Los talas por doquiera se yerguen recelosos
retorciendo sus brazos oscuros y pinchosos.

Aquí, frente a mis ojos, un algarrobo enarca
sus sarmentosas ramas, y con su sombra abarca
un dilatado círculo lleno de peperina,
y allá, en lo más alto de la comba colina,
levemente inclinada su bella copa verde,
un espinillo joven en el azul se pierde.

Arboles de la sierra, quietos y pensativos,
solos en la hermandad de pájaros y chivos...

Cuando el viento estremece vuestras ramas tendidas,
hay un clamor humano, voces desconocidas
que penetran el aire y llegan hasta el pecho.

Yo os escucho a veces desde el riscoso lecho;
mi corazón quisiera unirse a vuestro canto,
y con vosotros dar su grito y su quebranto.

Arboles de la sierra, de troncos retorcidos,
dejad que a vuestra sombra vayan mis pies rendidos,
a buscar el consuelo de un descanso profundo...

...Y cerraré mis ojos a las luces del mundo,
y aspirando el olor de la tierra y la brisa,
me quedaré dormido sobre la piedra lisa...

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ

85.—A EJEMPLO DE LOS ÁRBOLES DESNUDOS

No es el Otoño, no, quien a los árboles
arrebata sus hojas, que son ellos,
son los árboles mismos quienes ceden
sus hojas a los vientos.

Los árboles desdeñan
la estéril pompa del follaje muerto,
y, con viril austeridad, aguardan
desnudos los rigores del Invierno.
¡Saben que sólo así la Primavera
los vestirá de nuevo!

Alma mía : estos árboles desnudos
sean para ti ejemplo.

Renuncia, como ellos, a lo vano ;
despójate, como ellos, de lo viejo.

Si en ti muere una idea, para siempre
arráncala de ti y échala al viento.

¡ Porque son los cadáveres de ideas
la estéril pompa del follaje muerto !

No finjas pensamientos que no pienses,
no sientas con fingidos sentimientos.

Antes que así, desnuda
resiste los rigores del Invierno.
¡ Que al cabo tornará la Primavera
y a ti también te vestirá de nuevo !

ENRIQUE RUIZ DE LA SERNA

86.—TRES ÁRBOLES

Tres árboles caídos
quedaron a la orilla del sendero.
El leñador los olvidó, y conversan,
apretados de amor, como tres ciegos.

El sol de ocaso pone
su sangre viva en los hendidos leños,
¡ y se llevan los vientos la fragancia
de su costado abierto !

Uno, torcido, tiende
su brazo inmenso y de follaje trémulo
hacia otro, y sus heridas
como dos ojos son, llenos de ruego.

El leñador los olvidó. La noche
vendrá. Estaré con ellos.
Recibiré en mi corazón sus mansas
resinas. Me serán como de fuego.

¡ Y mudos y ceñidos,
nos halle el día en un montón de duelo !

GABRIELA MISTRAL.

87.—LOS ÁRBOLES

Plantemos nuestros árboles, la tierra nos convida ;
plantando cantaremos los himnos a la vida.

Los cánticos que entonan las ramas y los nidos,
los ritmos escondidos
del alma universal.

Plantar es dar la vida al generoso amigo
que nos defiende el aire, que nos ofrece abrigo :
él crece con el niño, él guarda su memoria :
en el laurel es gloria,

en el olivo es paz.

El árbol tiene un alma que ríe entre sus flores,
que piensa en sus perfumes, que alienta en sus amores.
El besa con la sombra de su frondosa rama :

él a los hombres ama,
él les reclama amor.

La tierra sin un árbol está desnuda y muerta,
callado el horizonte, la soledad desierta :
plantemos para darle palabras y armonías,
latidos y alegrías,
sonrisas y calor.

¡ El árbol pide al cielo la lluvia que nos vierte !
¡ Ahoga en nuestros aires el germen de la muerte !
Por él sube a las flores la sangre de la tierra
y en él perfume encierra
y eleva su oración.

Proteja Dios al árbol que planta nuestra mano.
Los pájaros aniden en su ramaje anciano
y canten y celebren la tierra bendecida
que les infunde vida,
que les prodiga amor.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

88.—EL SEMBRADOR

(POR VÍCTOR HUGO)

Tardo el crepúsculo declina.
Yo admiro, inmóvil, ese albor
final del día, que ilumina
la hora final de la labor.

Conmovido, allá en los sembrados
que invade lenta lóbreguez,
miro a un viejo que echa a puñados
al surco la futura mies,

Dominar su silueta oscura
las glebas profundas se ve.
Siento cuán alta y cuán segura
en su labor pone su fe.

Marcha por la llanura inmensa,
va, viene, esparce el grano allá,
reabre su mano, y recomienza ;
y yo medito, y mientras va
desplegando calma sus velos,
la sombra, henchida de un rumor,
dilata, augusto, hasta los cielos
el ademán del sembrador.

Versión por CARLOS OBLIGADO

89.—PLANTANDO EL ÁRBOL

Abramos la dulce tierra
con amor, con mucho amor ;
es éste un acto que encierra
de misterios, el mayor.

Cantemos mientras el tallo
toca el seno maternal.
Bautismo de luz da un rayo
al brote piramidal.

Le entregaremos ahora
a la buena Agua y a vos,
noble Sol ; a vos, señora
Tierra, y al buen Padre Dios.

El Señor le hará tan bueno
como un buen hombre o mejor ;
en la tempestad, sereno,
y en toda hora, amparador.

Te dejo en pie. Ya eres mío,
y te juro protección

contra el hacha, contra el frío
y el insecto y el turbión.

A tu vida me consagro ;
descansarás en mi amor.
¿ Qué haré que valga el milagro
de tu fruto y de tu flor ?

GABRIELA MISTRAL

90.—SOMBRA DE ÁRBOL

Gracias, sombra sagrada de los árboles.
Ahora te derramas en mis brazos,
sombra, y siento un humor como de aurora
sobre la hierba nueva de los prados.

¡ Amigo de los pájaros ! Tú eres
como la casa mía por lo manso
y por esa humildad de fortaleza
que hay en tus ramas bellas como brazos.

He parado mi planta en el camino,
y una serenidad grave de lago
pones sobre el asombro de mis ojos...

Para el fin de la vida y del trabajo,
como un sudario todo de armonía,
tenga tu gran serenidad, hermano.

ENRIQUE BANCHOS

91.—¡LEÑADOR, PERDONA ESE ÁRBOL!...

(POR JORGE P. MORRIS)

¡ Leñador, perdona ese árbol !
Ni una rama toques de él.

El me amparó cuando joven
y ora yo lo ampararé.

Mi abuelo con propia mano
lo plantó donde lo ves ;
déjalo allí, no lo dañe
tu hacha bárbara y cruel.

A ese viejo árbol patriota
cuya fama y gloria están
por mar y tierra esparcidas,
¿ derribarlo intentarás ?

¡ Leñador, suspende el golpe !
Respeta en su ancianidad
al que al cielo hospitalario
la umbrosa frente alza en paz.

Siempre en mis huelgos de niño
su grata sombra busqué,
y hechas risa mis hermanas
jugaban aquí también.

Aquí me besó mi madre
y mi padre en la niñez...
¡ Ah !, perdóname esta lágrima
y déja este árbol en pie.

Como tu corteza, ¡ oh roble !,
mi alma se abraza a ti ;
siga el pájaro en sus ramas
posando libre y feliz.

Y sigue tú desafiando
tormentas... Y huye de aquí,
leñador, o, ante este brazo,
al polvo irá tu hacha vil.

Versión por RAFAEL POMBO

92.—CANCIÓN DE «LOS PINOS»

¡ Oh pinos ! ¡ Oh hermanos en tierra y ambiente :
yo os amo ! Sois dulces, sois buenos, sois graves...
Diríase, un árbol, que piensa y que siente,
mimado de auroras, poetas y aves.

Tocó vuestra frente la alada sandalia ;
habéis sido mástil, proscenio, curul,
¡ oh pinos solares !, ¡ oh pinos de Italia !,
bañados de gracia, de gloria, de azul...

Sombríos, sin oro de sol, taciturnos
en medio de brumas glaciales y en
montañas de ensueños, oh pinos nocturnos ;
¡ oh pinos del Norte ! Sois bellos también.

Con gestos de estatuas, de mimos, de actores,
tendiendo a la dulce caricia del mar,
¡ oh pinos de Nápoles, rodeados de flores ;
oh pinos divinos !, no os puedo olvidar.

Cuando, en mis errantes pasos peregrinos,
la Isla Dorada me ha dado un rincón
do soñar mis sueños, encontré los pinos,
los pinos amados de mi corazón :

amados por tristes, por blandos, por bellos ;
por su aroma, aroma de una inmensa flor ;
por su aire de monjes, sus largos cabellos,
sus savias, ruidos y nidos de amor.

¡ Oh pinos antiguos que agitara el viento
de las epopeyas, amados del sol !
¡ Oh líricos pinos del Renacimiento
y de los jardines del suelo español !

Los brazos eolios se mueven al paso
del aire violento que forma al pasar
ruidos de pluma, ruidos de raso,
ruidos de agua y espuma de mar.

¡ Oh noche en que trajo tu mano, Destino,
aquella amargura que aun hoy es dolor !
La luna argentaba lo negro de un pino,
y fuí consolado por un ruiseñor.

Románticos somos... ¿ Quién que Es, no es román-
[tico ?

Aquél que no sienta amor ni dolor ;
aquél que no sepa de beso y de cántico,
que se ahorque de un pino : será lo mejor...

Yo, no. Yo persisto. Pretéritas normas
confirman mi anhelo, mi ser, mi existir.

¡ Yo soy el amante de ensueños y formas
que viene, de lejos, y va al porvenir !

RUBÉN DARÍO

93.—A UN CIPRÉS

Afirmador enhiesto,
compacto, incorruptible
ante el capricho de las estaciones ;
columna musical toda vibrante
de pájaros y brisas,
coronada de gálbulos de oro
y ceñida de rosas ;
carne de amor, pues en su flecha ibas
cuando el divino arquero disparaba :
¿ por qué fúnebre o triste
debo verte, ciprés, si en esta hora
tu perenne verdor es mi consuelo
mientras el parque se desnuda en torno
y, juglar insensato, el viento hace
danzar las hojas pútridas ?
¡ Oh, ciprés impasible
y solitariamente pensativo !

Tu aguda copa, como llama trémula,
hacia el azul asciende
roja de sol o fúlgida de estrellas
y finge, a veces, en el aire inmóvil,
las manos juntas para la plegaria.
Y tu sombra proyecta, rectilínea,
el foso estrecho de la sepultura...

Mas yo la veo como fino tálamo
para la soledad de dos amantes.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

94.—EL CIPRÉS

Quizá nació en Judea,
pero se ha hecho ciudadano en todos
los cementerios de la Tierra.

Parece un grito que ha cuajado en árbol
o un «padrenuestro» hecho ramaje quieto.
No ampara ni cobija. Siempre clama
por los muertos.

Y si a veces se enrosca por su tronco
un rosal que florece en los veranos,
como un trapense extático no siente
la brasa de la flor sobre sus gajos.

Tiene pasta de asceta, el solitario,
o pasta de abstraído.

Pero si uno está hastiado o está triste,
le hace bien recostarse contra el tronco
recto y liso.

Se siente algo sedante en la mejilla,
como si dentro del leñoso tallo
una intuición ardiente y sensitiva
compadeciera el gesto de cansancio.

Nunca el ciprés comprenderá la risa,
la plenitud, la primavera, el alba.
Sólo se da a la angustia de los hombres
y arrulla el sueño eterno como un aya.

Es un dedo vegetal que siempre
está indicando al ruido : ¡ calla !

JUANA DE IBARBOUROU

95.—ÁLAMOS DE CÓRDOBA

¡ Alamos de Córdoba !,
pastores de acequias,
sonoros y fúlgidos
al viento y al sol,
fieles atalayas
de nubes y estrellas,
columnas de plata
de los plenilunios,
¡ acoged el nido
de mi corazón !

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

96.—EN EL BOSQUE DE CEDROS

(Imitación de Goëthe)

En una noche sin luna
cruzan por el bosque espeso,
el rey y su rubia hija
cabalgando un corcel negro.

El rey apoya a la niña
paternalmente en el pecho

y cabalgan y cabalgan
en religioso silencio.

Pero de pronto la niña
escucha un suspiro quedo :

—Vivirás entre las flores
que perfuman el sendero.

Y azorada grita al padre :
—¡ Mira, los elfos, los elfos,
cómo brotan de la sombra,
cómo surgen del misterio !

Y el rey dice : —Calla, niña,
el bosque se halla desierto
y las sombras que te espantan
son las sombras de los cedros.

—Yo los veo, padrecito
son los elfos, son los elfos
que me llaman. ¿ Oyes ?, ¿ oyes ?,
acaban de darme un beso.

—Calla, niña, no me turbes,
lo que escuchas es el viento
que susurra entre las frondas ;
lo que escuchas es el eco...

—Yo los veo... Padre, padre,
¡ oh, me arrancan de tu pecho !
Son los elfos encantados,
son los elfos, galopemos...

—Calla, calla, niña mía,
son las sombras, son tus sueños.

—Son los elfos que me miran,
galopemos, galopemos...

El rey picó su corcel,
cruzaron bosques desiertos,
pero la niña, sin tregua,
repetía : —Yo los veo...

Y al entrar en el castillo
vió el rey con **dolor** inmenso,
que su idolatrada hija
había en sus brazos muerto.

JOSÉ R. DESTÉFANO

97.—A UN NARANJO Y A UN LIMONERO VISTOS EN UNA TIENDA DE PLANTAS Y FLORES

Naranjo en maceta, ¡qué triste es tu suerte!
Medrosas tiritan tus hojas menguadas.
Naranjo en la corte, ¡qué pena da verte
con tus naranjitas secas y arrugadas!

Pobre limonero de fruto amarillo
cual pomo pulido de pálida cera,
¡qué pena mirarte, mísero arbolillo
criado en el verde tonel de madera!

De los claros bosques de la Andalucía,
¿quién os trajo a esta castellana tierra,
que barren los vientos de la adusta sierra,
hijos de los campos de la tierra mía?

¡Gloria de los huertos, árbol limonero,
que enciendes los frutos de pálido oro,
y alumbras del negro cipresal austero
las quietas plegarias erguidas en coro;
y fresco naranjo del patio querido,
del campo risueño y el huerto soñado,
siempre en mi recuerdo maduro o florido,
de fronda y aromas y frutos cargado!

ANTONIO MACHADO

98.—A UN OLMO SECO

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.

¡ El olmo centenario en la colina
que lame el Duero ! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiñeños.

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta ;
antes que rojo en el hogar, mañana
ardas, de alguna mísera caseta

al borde de un camino ;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas ;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.

Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

ANTONIO MACHADO

99.—EL PERAL

A un peral una piedra
tiró un muchacho,
y una pera exquisita
soltóle el árbol.
Las almas nobles,
por el mal que les hacen,
vuelven favores.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

100.—EL PINO Y EL GRANADO

(DE AURELIO BERTOLA)

—Te fué grata la suerte
al dignarse ponerte
bajo la sombra mía.
Así altivo decía
un elevado pino
a un humilde granado, su vecino.
—Por más que brame el huracán horrendo,
no tienes que temer ; yo te defiendo.
—Cierto es—dijo el arbusto— ; me proteges
cuando tal vez el huracán se irrita ;
pero siempre tu sombra el sol me quita.
*Así, tal vez, un protector sublime,
bajo apariencia de favor, oprime.*

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

101.—LA OFRENDA DEL HUERTO

Hoy la mañanita
me encontró en el huerto.
¡Qué inefable la paz de los campos
de la aurora al primer aleteo !
Por entre los árboles
anduve en silencio.
Estiré mis músculos ; respiré con fuerza,
tan hondo que el campo quedó sin aliento ;
tan hondo, tan hondo, gentil mañanita,
que ahora te llevo,
te llevo y te siento, fresquita y rosada,
temblar en mi cuerpo.
El durazno me vió fatigado,
y soltó de intento,
jugoso y maduro,
su fruto primero.
Lo tuve en mis manos
un breve momento ;
gocé la caricia de la pelusita
de su terciopelo,
y hecha agua la boca,
cuando fuí a comerlo,
de tierno y jugoso,
de jugoso y tierno,
me manchó la ropa,
la cara, los dedos.
¡Qué rica y sabrosa
la fruta del huerto !
Frescor de rocío,
canción de jilgueros,

temblor de las flores,
caricia del viento,
¡ qué inefable la paz de los campos
de la aurora al primer aleteo !

JOSÉ E. PIERRE

V

DIA DEL ANIMAL

102.—LA MUERTE DEL LOBO

(POR ALFREDO DE VIGNY)

A Benito Nazar Anchorena

I

Sobre la luna roja, pasaban de carrera las nubes, como el humo sobre el haz de la hoguera, y el bosque se extendía, negro, hasta el horizonte.

Marchábamos, hollando por lo denso del monte los guijarrales ásperos o las arenas blandas, cuando, al cruzar un grupo de pinos de las Landas, vimos entremezclarse bajo la espesa umbría las huellas de los lobos que husmeó la jauría.

Escuchamos entonces, retenido el aliento y el paso suspendido. Ni un rumor ni un acento llegaban de los campos o la espesura quieta; tan sólo, a la distancia, gemía la veleta; que el viento, errante lejos del adormido suelo, sólo en las altas torres remolinaba el vuelo,

y abajo, entre las peñas gigantes, las encinas su sueño agazapaban, como oscuras ruinas.

Todo era, así, reposo profundo en torno nuestro ; cuando, inclinado al césped, el cazador más diestro se adelanta, y un trecho de las huellas explora, y después, él que nunca se equivocó hasta ahora, declara a media voz que esas marcas recientes el merodeo anuncian y las garras potentes de dos muy grandes lobos viajeros, y dos crías.

Cautelosos, ojeando las malezas sombrías, avanzamos entonces, en la mano el cuchillo y ocultos los fusiles y su importuno brillo.

Tres, delante, se paran ; a su lado me llego, y veo arder de pronto dos pupilas de fuego, y jugar, en un claro de la floresta bruna, cuatro formas ligeras a la luz de la luna, como triscan y saltan, en tumulto halagüeño, alegres los mastines cuando regresa el dueño.

Parecido era el cuadro y el juego parecido, mas los hijos del lobo retozaban sin ruido, pues saben ya que el Hombre, bien cerca, sus oscuros proyectos de exterminio maquina entre sus muros.

El padre vigilaba ; más lejos, contra un roble, su loba reposaba, como la Loba inmoble que Roma adoró en mármol, y fué en trance supremo madre a los semidioses patrios, Rómulo y Remo.

Y el Lobo viene, y, firme, se planta a nuestro frente, se sabe ya perdido, pues cayó en la emboscada y el enemigo múltiple cierra la retirada.

Entonces, con su boca tremenda, ase y quebranta del perro más osado la férvida garganta, y a su mordisco férreo no arrebatan la presa ni el granizo de balas que su carne atraviesa, ni nuestras cuchilladas furiosas, cuya saña penetra una y cien veces a desgarrar su entraña,

hasta que arrolla y triunfa y el robusto lebrel
rueda a sus pies ya exánime, muerto mucho antes
[que él.

El Lobo le abandona entonces, después nos mira.
Tiene hundidas las dagas hasta el puño ; respira
clavado así a la tierra que con su sangre humea.
Un cerco de fusiles, siniestro, le rodea.

Torna aún a mirarnos ; luego se tiende ; lento
lame la viva púrpura de su hocico sangriento ;
y, austero, desdénoso del sino que le hiere,
cierra sus grandes ojos, y, sin un grito, muere.

II

He apoyado la frente sobre el fusil, sumido
en largos pensamientos ; y en verdad, no he podido
perseguir ya a su loba ni a sus crías, que vieron
a su jefe arrostrarnos, y esperarle quisieron.

¡ Ah !, sin ellas, la hermosa, la sombría viuda,
en el tremendo lance le ayudara sin duda ;
pero salvar los hijos fué su deber materno,
pues debía enseñarles a sufrir en invierno
el hambre, a huir siempre de aquellos pactos viles
que ha concertado el hombre con las bestias serviles,
que a cambio de un mendrugo persiguen a su frente
a los primeros amos del bosque y del torrente.

III

— ¡ Ay !, me dije, ¡ cuán fútil orgullo el de ser hom-
[bre,
y cuán débiles somos, con todo ese gran nombre !
¡ Cómo es digno alejarse de la vida y sus males
sólo sabéis vosotros, sublimes animales !

Frente al destino lóbrego y a su estéril crudeza,
sólo el silencio es grande ; todo el resto es flaqueza.

—¡ Ah, bien te he comprendido, selvático viajero,
y me tocaste en lo hondo con tu mirar postrero !

El me decía : « Afánate porque un día tu alma,
a fuerza de acendrase meditativa y calma,
logre al fin ese temple de heroica fortaleza
con que nací yo, hijo de la naturaleza.

Gemir, orar, llorar, es igual cobardía.
Cumple tu largo esfuerzo con estoica energía ;
y, al fin ya del camino que te marcó la suerte,
como yo, sufre y entra silencioso en la muerte. »

Versión por CARLOS OBLIGADO

103.—LEÓN CAUTIVO

Grave en la decadencia de su prez soberana,
sobrelleva la aleve clausura de las rejas,
y en el ocio reumático de sus garras ya viejas
la ignominia de un sordo lumbago lo amilana.

Pero, a veces, el ímpetu de su sangre africana
repliega un arrogante fruncimiento de cejas,
y entre el huracanado tumulto de guedejas
ennoblece su rostro la vertical humana.

Es la hora en que hacia el vado, con nerviosas cau-
[telas,
desciende el azorado trote de las gacelas,
bajo la tiranía de atávicos misterios.

La fiera siente un lúgubre influjo de destino,
y en el oro nictálope de su ojo mortecino
se hastía una magnánima desilusión de imperios.

LEOPOLDO LUGONES

104.—MI HUMILDE AMIGO, MI PERRO FIEL

(POR FRANCIS JAMMES)

Buen amigo, fiel perro, has muerto de la odiada muerte, de la temida, de la que te escondiste bajo la mesa tanto... Tu amorosa mirada se ha clavado en la mía en la hora breve y triste.

Oh, vulgar compañero del hombre, sér divino que el hambre de tu dueño gustoso compartías, que acompañar supiste el pesado camino del ángel Rafael, y del joven Tobías.

Oh servidor : qué ejemplo me has dado tan seguro, tú, que supiste amarme como a su Dios un santo ; el profundo misterio de tu cerebro oscuro vive en un paraíso de inocencia y de encanto.

Señor : si llega el día que me llevéis, clemente, a veros cara a cara por una eternidad, haced que un pobre perro contemple frente a frente a aquél que fué su Dios entre la Humanidad.

Traducción por ENRIQUE GONZÁLEZ-MÁRTINEZ

105.—MI PERRO

¡ Sí, te recuerdo ! Con alegre brío, de la ribera, bajo el sol, temprano, tras una rama que arrojó mi mano, te desplomabas bullicioso al río.

Y era la gloria del nadar bravío, y era el regreso de la presa ufano...

¡ Ya con mi edad feliz duermes lejano,
inolvidable compañero mío !

Pero, en mis días de quebranto, oscuros,
a mí te llegas, con tus ojos puros,
donde un anhelo compasivo flota ;
y en verde gajo, de ilusión florido,
al alma ofreces, con amor traído
del lago azul de la niñez remota.

CARLOS OBLIGADO

106.—LOS PERROS

Un pachón salamanquino
salvó a un sabueso de Cieza,
que se cayó de cabeza
a la balsa de un molino.

Al emprender el camino,
a través de un bosque espeso,
juntos pachón y sabueso
en excelente amistad,
puso la casualidad
ante sus ojos un hueso.

Por él, debajo de un pino
lucharon en la maleza.

Triunfó el sabueso de Cieza,
y el perro salamanquino,
ensangrentado y mohino,
dedujo en su soledad
esta penosa verdad,
como lección del suceso :

« En donde se encuentra un hueso
se concluye la amistad. »

CHRISTIAN ROMBER

107.—EL CABALLO DEL GAUCHO

Mi caballo era ligero
como la luz del lucero
que corre al amanecer ;
cuando al galope partía,
al instante se veía
en los espacios perder.

Sus ojos eran estrellas,
sus patas unas centellas
que daban chispas y luz :
cuanto lejos divisaba,
en su carrera alcanzaba,
fuese tigre o avestruz.

Cuando tendía mi brazo
para revolear el lazo
sobre algún toro feroz,
si el toro nos embestía,
al fiero animal tendía
de una pechada veloz.

En la guardia de frontera
paraba oreja agorera
del indio al sordo tropel,
y con relincho sonoro
daba el alerta mi moro
como centinela fiel.

En medio de la pelea,
donde el coraje campea,
se lanzaba con ardor ;
y su estridente bufido,
cual del clarín el sonido,
daba al jinete valor.

A mi lado ha envejecido,
y hoy está cual yo rendido
por la fatiga y la edad;
pero es mi sombra en verano
y mi brújula en el llano,
mi amigo en la soledad.

Ya no vamos de carrera
por la extendida pradera,
pues somos viejos los dos.
¡ Oh mi moro, el cielo quiera
acabemos la carrera
muriendo juntos los dos !

BARTOLOMÉ MITRE

108.—CABALLITO CRIOLLO

Caballito criollo del galope corto,
del aliento largó y el instinto fiel,
caballito criollo que fué como un asta
para la bandera que anduvo sobre él.

Caballito criollo que de puro heroico
se marchó una tarde de bajo su ombú,
y, ansioso de extraños afanes de gloria,
se trepó a los Andes y se fué al Perú...

Se alzará algún día, caballito criollo,
sobre una eminencia un overo en pie,
y estará tallada su figura en bronce,
caballito criollo que pasó y se fué.

BELISARIO ROLDÁN

109.—EL PROGRESO

*Cerca del abrevadero
de la fuente del Otero,
dialogaban, hace un mes,
el caballo del marqués
y el burro del molinero.*

- ¡Qué gordo y lucido estás!
(dijo con sorna el jumento).
—Me engorda el aburrimiento.
—Me choca. —¡Pues ahí verás!
—¿Trabajas poco? —Muy poco.
Llevo ya esta temporada
sin una sola enganchada.
—¿Y eso te aburre? ¡Estás loco!
Me explicara esa mohina
el exceso de trabajo,
corriendo arriba y abajo
amarrado a la berlina.
Pero por no trabajar
aburrirse, no lo creo.
—Me disgusto porque veo
que me van a licenciar.
Ya ni me miran mis amos
y el cocheró me abandona.
¡Como han comprado en Bayona
un automóvil! —¡Ah, vamos!
—Te explicarás mi temor.
—Ya pagarán su manía.
Verás cómo el mejor día
se revienta tu señor.
—Ya se ha dislocado un brazo
y la marquesa se ha herido.

En dos meses han sufrido
tres vuelcos y un topetazo.
Pero, ¡quía!, ¡si son de acero
y no se arredran por nada!
—Y en toda esta temporada,
¿qué se hace Antonio el cochero?
—Pues el pobre, ¿qué ha de hacer?
Viste de hule todo el día,
y en vez de Antonio García
se llama Antuán le chofer.
—¡Chifladura más completa!
¿Quién conoce a monsié Antuán?
¡Claro! ¡Como siempre van
disfrazados con careta!
¡Cuánto más bonita es
la librea, qué demonio!
—Pues van con máscara Antonio,
la marquesa y el marqués.
Sólo hablan ya de Panar
(creo que se llama así).
Y andan de aquí para allí
escapando sin cesar.
La peor es la señora.
¡Si corren que es un horror!
Ayer, según el señor,
en poco más de una hora,
fueron de aquí al Sardinero.
¡Doce leguas! —¡Quía! ¡No cuela!
Que se lo cuente a su abuela
el grandísimo embustero.
—Como el Panar tiene, al fin,
diez caballos... —¿Estás loco?
¿Los has visto? Yo tampoco.
¿Diez caballos? ¡Ni un rocín!
Lo que tiene ese Panar,
según yo vi, es un vapor

que despide un mal olor
que no se puede aguantar.
Y en cuanto a fuerza me atrevo
a luchar con él. —¿ Sí, eh ?
¡ Qué burro eres ! —Ya lo sé.
No me dices nada nuevo.
Y lo que tú no sabrás
es que un día, cuesta arriba,
hasta la marquesa iba
empujando por detrás.
—¡ Vamos !, no seas burlón.
Yo me resigno y me aguanto,
pues respeto el adelanto
de la civilización.
¡ Es un gran invento ! —¿ Sí ?
Pues ayer, a media noche,
vine yo arrastrando el coche
o automóvil hasta aquí.
—¿ Qué me cuentas ? —¡ Sí, señor !
Se rompió no sé qué tuerca.
Yo andaba por allí cerca
y les hice ese favor.
—¿ Conque tú ?... —Lo que te cuento.
¡ Bien lloraba tu señora !
A ver si me hablas ahora
de lo que vale ese invento.
Si no es por este pollino,
a la intemperie se hospedan
¡ y con su Panar se quedan
a dormir en el camino !

110.—EL BUEY

(POR JOSÉ CARDUCCI)

Te amo, buey pío ; en manso sentimiento
 de paz y de vigor mi pecho inundas,
 ya si, solemne como un monumento,
 miras las tierras libres y fecundas,
 ya si al yugo inclinándote contento,
 la ágil obra del hombre fiel fecundas :
 él te exhorta y te punge, y con el lento
 girar de tu mirada le circundas.

Por el ancha nariz, húmeda y negra,
 tu alma se exhala ; y tu mugido alegra
 los campos, y en al aire azul se pierde :
 y de los ojos glaucos en la grata
 dulzura, amplia y tranquila se retrata
 la del llano divina quietud verde.

Traducción por FERNANDO MARISTANY

111.—V A C A S

De pronto, en el silencio de la noche,
 se alzó un rumor lejano y temeroso,
 y el camino que corre frente a casa
 sonó de viento y se encrespó de ola.

Era una larga tropa de ganado,
 cientos de vacas las testuces bajas,
 desgarrando las sombras con los cuernos,
 midriáticas de espanto las pupilas,
 deshechas con la helada las pezuñas,
 dolientes de mugidos maternos.

Era una larga tropa de ganado,
flanqueada de fantásticos jinetes,
apretada a pechazos en la huella,
erizada de gritos primitivos,
toda alada de ponchos.

Y se perdió el rumor camino abajo.
Mañana, un hombre desde un carricoche,
en el local sonoro de la feria,
al enérgico golpe de un martillo
que hace al sol un relámpago de plata,
indiferente, os venderá, vaquitas,
y, resignadas, partiréis de nuevo,
tal vez hacia la muerte.

B. FERNÁNDEZ MORENO

112.—LA PASTORA DE DOMRÉMY

*(Fragmento del poema del mismo nombre compuesto
por Santa Teresita del Niño Jesús)*

Yo, pobre pastorcita,
adoro mi rebaño,
gusto de hilar en uso
y estimo mi cayado.

La soledad del bosque
es mi mayor encanto ;
me complazco en decirle
secretos de quien amo.

Allí tejo guirnaldas
con flores de los campos,
para la Santa Virgen,
al són de dulces cánticos.

Me encanta la natura,
las flores y los pájaros,

y el límpido arroyuelo
con su murmurio blando.

Los valles y campiñas
en verlos me complazco ;
las cumbres de los montes
me acercan al Dios alto.

Oigo que extrañas voces
dicen mi nombre claro...
Tal pienso que hablar deben
los querubines santos.

Mirando hacia los cielos
pregunto al vasto espacio ;
de seres misteriosos
no veo ningún trazo.

¡ Ay de mí !, que no puedo
volar alto, muy alto,
y franquear las nubes
que deben ocultármelos.

Versión por el P. FLORENCIO DEL NIÑO JESÚS, C. D.

113.—LAS OVEJAS

Sinfonizando el aire con sus balidos
como orfeón de lloros, ayes y quejas,
vienen los recentales estremecidos
entre el móvil rebaño de las ovejas.

Lanzados en carreras y en saltos ciegos,
y haciendo al tropezarse gracias distintas,
deslían los ovillos de sus mil juegos
como quien tira al aire flotantes cintas.

Meciendo a un lado y otro sus blandas colas,
van las madres robustas de fibras sanas,
rebuizados los cuellos como entre golas
y la monjil cabeza ceñida en lanas,

Van así las sociables, nobles ovejas,
para madres nacidas, madres clementes,
de lengua que es un dulce panal de abejas
y de senos fecundos como dos fuentes.

Familiares y tiernas van conduciendo
por París asombrado sus libres crías,
que entrañables a veces las van lamiendo,
agotando en peinarlas sus energías.

Dobladas las rodillas, los recentales
de las madres se cuelgan en ocasiones,
y chupan codiciosos los manantiales
dando brascas trompadas en los pezones.

Y las madres se paran para que beban
de sus ubres divinas el tibio riego,
y a sus hijos transmiten todo el que llevan
en las nobles entrañas, sublime fuego.

Y mientras que absorbiendo savia encendida
mezclan las degluciones y cabriolas,
al gozo con que sienten beber la vida,
titilan de entusiasmo sus raudas colas.

Un clamor de mil voces llena los vientos,
recentales y ovejas dan sus gemidos,
las ternuras se enlazan con los lamentos,
y los lloros se funden con los balidos.

Y París, que contempla las maravillas
del ardor de las madres dando sus quejas,
casi quiere en el suelo dar de rodillas
y aprender amor santo de las ovejas.

SALVADOR RUEDA

114.—LOS GATOS

Fué a Nola Nolo y lamióla,
y en cambio le encajó Nola

un arañazo tan cruel,
que le desgarró la piel
desde el hocico a la cola.

Eso sucedió en Bretaña ;
pero la regla no engaña
y en ningún país se vicia :
cuando es él quien acaricia,
siempre es ella la que araña.

CHRISTIÁN ROEBER

115.—EL MONO Y EL GATO

Tenía el señor don Gil,
hombre amigo de cucañas,
rebosando de castañas
un estupendo barril ;
y envíanle de Tetuán
un mono de pocos años,
que por sus muchos amaños
se llamó el Gran Capitán.

Entró nuestro mono un día
de don Gil al aposento,
y ocurrióle en el momento
una extraña fechoría :

Del barril logró sacar
de castañas un puñado,
y en la estufa con cuidado
echólas luego a tostar.

Alegre como unas pascuas
da el comerlas por seguro,
mas hallóse en grande apuro
al mirarlas hechas ascuas ;
y notando a Zapirón,
que en blando cojín dormía,

díjole : «Ven, vida mía,
dueño de mi corazón ;
aquí podrás eludir
el duro rigor del frío ;
no tardes, amigo mío,
tu falta me hace sufrir.»

Con zalamero además
y el espinazo encorvando,
paso a paso fuése andando
el gato hacia el Capitán ;
y éste, de dulzura lleno,
le dijo : «Acércate más,
acércate y dormirás
repantigado en mi seno.»

El buen gato la cabeza
reclina con donosura,
y el mico por la cintura
agárralo con destreza ;
y tomándole una mano
barre con ella la estufa ;
Zapirón se encrespa y bufa
y pide venganza en vano,
pues el monazo traidor
dice : «Calla, vil gatillo,
y agradece que me humillo
a aceptar de ti favor.

Si acaso mi acción no es buena,
al hombre debes culpar,
pues él me enseñó a sacar
la brasa por mano ajena.»

R. CARRASQUILLA

116.—EL ALBATROS

Algunas veces, por matar el tedio,
los rudos navegantes
cazan vivo un albatros, el coloso
de las marinas aves,
que con pausados vuelos, indolente
compañero de viaje,
al bajel sigue cuando noche y día
surca los anchos mares.

Sobre el puente lo arrojan mofadores,
y aquel rey de los aires,
amedrentado, trémulo, indeciso,
convulso, claudicante,
sus grandes alas blancas, que los vientos
tan poderosos baten,
flojas las tiende y como sueltos remos,
a un lado y otro caen.

¡ Cuán torpe, cuán pesado, cuán grotesco
el volador gigante !

¡ Cuán cómico y ridículo parece,
él, tan hermoso antes !

Unos le acosan, le hurgan y golpean,
otros el pico le abren,
otros remedan sus andares toscos,
riéndose y burlándose.

El poeta, en el mundo desterrado,
fué siempre semejante
al albatros, que ríe de las flechas
y ama las tempestades.
Perseguido, asediado, entre denuestos
y sarcasmos y ultrajes,
intenta en vano caminar : sus alas
son demasiado grandes.

117.—EL CÓNDOR PRISIONERO

El cóndor tiene un raro gesto decorativo ;
su gravedad hierática estiliza un emblema
de medalla o escudo ; mas arde una suprema
ensoñación de cumbres en el ojo furtivo.

Las alas despereza, hispe la blanca gola,
tal un Sansón que prueba la dudosa pujanza,
mientras a corto trecho devora su pitanza
la hembra desgarrada, inexpresiva y sola.

El sabe que deforma con cada movimiento
la majestad insigne del prócer de la altura,
y sabe que a mis ojos da la triste figura
de un buitre contemplado con un vidrio de aumento.

Rebelde y desarmado, siente sobre su ruina
el infamante estigma de la pupila humana,
y en su actitud, que evoca la cúspide lejana,
hay una soñolienta desolación andina.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

118.—MADRIGAL

Mariposilla leve, flor alada,
con las tintas del iris matizada,
al Sol debes tu vida bulliciosa :
él, con el grato influjo de su lumbre,
te convirtió de larva en mariposa.

Vuela, vaga afanosa
por el llano y la cumbre,
luciendo tus primores
y semejando flor que besa flores.

No remontes el vuelo,
no del Sol te enamores ;
que él no te dió para escalar el cielo
esas graciosas cuanto endebles alas,
sino porque las luzcas como galas.
Plúgole señalarte
en el festín primaveral tu parte :
Vive. ¡ Gózala aprisa y toda entera,
pues la vida es cual tú : breve y ligera.
Juega entre flores el sabroso juego
del amor, y renuncia a la alta esfera ;
que el Sol es luz, pero también es fuego.
Loca y desvanecida
mariposa que subes, ven y advierte
que ese Sol que de lejos da la vida,
de cerca da la muerte.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

119.—LOS TEROS

En la orilla de la laguna
los teru-teru hacen coro
con la estridencia inoportuna
de sus cien pífanos de oro.
Sobre el matiz verde del campo
sus cuerpos grises se diseñan ;
brilla en el cielo el postrer lampo
y azules aguas sueñan.
Teru-teru se oye en el aire
con insistente voz porfiada,
mientras pasean con donaire
junto a la próxima nidada.
A veces alzan en el cielo
su circular vuelo nevioso,

gritando siempre con recelo
si notan algo sospechoso.

Y en el silencio de la hora,
su familiar grito de alerta,
como una flecha cimbradora
se hinca en la leve sombra incierta.

Teru-teru se oye en la orilla
de la laguna silenciosa.

Y el sol de otoño apenas brilla
sobre la quieta agua azulosa.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ

120.—LA CIGARRA

¿No sabes la historia de esa calumniada
por tantas odiosas lenguas enemigas?...
Mientras liba y canta de luz embriagada,
le muerden las alas voraces hormigas...

Le muerden las bellas alas temblorosas,
le roban la savia que liba cantando ;
hasta que, hostigada por las envidiosas,
la frágil cantora se aleja volando...

Tal es su destino..., vagar, perseguida,
por las altas ramas y cantar a solas,
mientras el estío renueva la vida,
y céfiro mueve las tiernas corolas.

¡ Lírica cigarra ! ¡ Fugaz armonía,
vibración alada de dichas y penas !
Tu canto es tu propio pan de cada día ;
carne de tu carne, sangre de tus venas !

JUAN CARLOS DÁVALOS

121.—LOS DOS GORRIONES

—Légame el comedero—
dijo un gorrión a otro gorrión muy maula.

—Pues ábreme primero—
contestó aquél—la puerta de la jaula.

—¿Y si, al verte ya libre, en tu embeleso,
te vas sin darme de comer en pago?

—¡Y quién me dice a mí—responde el preso—
que me abrirás si llenas el monago?

Y en conclusión, por si ha de ser primero
llegar el comedero
o correr el alambre,

quedóse el enjaulado prisionero
y el hambriento volvióse con el hambre.
¡Digno amigo, por Dios, de tal amigo!
Y ahora diréis, y bien, como yo digo :
«¡Vaya, que son en ciertas ocasiones
lo mismo que los hombres, los gorrones!»

RAMÓN DE CAMPOAMOR

122.—LA URRACA Y LA GALLINA

—¡Qué escándalo!—en tono fiero
una Gallina decía
a una Urraca que comía
las flores de un limonero.

¡Que se come, jardinero,
de las de *arriba* a destajo!

—Celebro tu desparpajo—
contestó la Urraca altiva.

¡ No he de comer las de *arriba*
si no has dejado una *abajo* !

RAMÓN DE CAMPOAMOR

123.—EL GRILLO

Música porque sí, música vana
como la vana música del grillo,
mi corazón eclógico y sencillo
se ha despertado grillo esta mañana.

¿ Es este cielo azul de porcelana ?
¿ Es una copa de oro el espinillo ?
¿ O es que en mi nueva condición de grillo
veo todo a lo grillo esta mañana ?

¡ Qué bien suena la flauta de la rana !...
pero no es son de flauta : en un platillo
de vibrante cristal de a dos desgrana
gotas de agua sonora. — ¡ Qué sencillo
es a quien tiene corazón de grillo
interpretar la vida esta mañana !

CONRADO NALÉ ROXLO

124.—BALADA DE DOÑA RATA

Doña Rata salió de paseo
por los prados que esmalta el estío ;
son sus ojos tan viejos, tan viejos,
que no puede encontrar el camino.

Demandóle a una flor de los campos :
—Guíame hasta el lugar en que vivo.
Mas la flor no podía guiarla
con los pies en la tierra cautivos.

Sola va por los campos, perdida ;
ya la noche la envuelve en su frío,
ya se moja su traje de lana
con las gotas del fresco rocío.

A las ranas que halló en una charca
Doña Rata pregunta el camino,
mas las ranas no saben que exista
nada más que su canto y su limo.

A buscarla salieron los gnomos,
que los gnomos son buenos amigos.
En la mano luciérnagas llevan
para ver en la noche el camino.

Doña Rata regresa trotando
entre luces y barbas de lino.
¡ Qué feliz dormirá cuando llegue
a las pajas doradas del nido !

CONRADO NALÉ ROXLO

125.—ORIGEN DE LAS PULGAS

Reverberaba el sol esa mañana,
y Cristo, con San Pedro de bracero,
sin miedo a la terrible resolana

iban por el otero,
charlando mano a mano,
tú por tú, sobre el modo más certero
de hacer la dicha del linaje humano.

A la sombra de un árbol corpulento
muellemente tendida,
viendo volar las moscas ciento a ciento,
estaba una mujer, moza lucida,
de labios de coral, cutis de nieve,
de esas que en punto a edad, sin miramiento
a que mentir es cosa inoportuna,

plántanse en veintinueve,
como el buen jugador de treinta y una.

De mujeres poblado se halla el mundo
que al treinta tienen un horror profundo.

San Pedro se detuvo, y campechano
la dijo : —Di, mujer, ¿qué haces ociosa?
¿Qué? ¿No sabes hilar? —Poquita cosa.

Cuando arrecia el verano
prefiero estarme mano sobre mano.

Ruede, ruede la bola,
y siga yo tumbada a la bartola.

El Divino Maestro, de Dios hijo,
miróla sonriente. —De lo malo

y vicioso—la dijo—
madre es la ociosidad. Te haré un regalo
que te ocupe y distraiga humildemente.

La pereza sacude... ¡ea! entretente.

Ráscate si te pica do te pique.

Sigamos, Pedro, y basta de palique.

Y Dios creó las pulgas ese día,
microscópicos seres,
en cuya cacería
han sido y son tan diestras las mujeres.

RICARDO PALMA

126.—LA MUERTE DE LA ARAÑA

En un sofá bordaban Merceditas y Estela ;
en el techo, la araña trabajaba su tela,
tejiendo con sus largas, velludas patas toscas
un sudario de seda para las pobres moscas,
espantoso sudario que por sí solo mata,
y alargaba una pata, otra pata, otra pata...

Terminada su obra, y aguardando el seguro resultado, la araña descendió por el muro. Era fea con ganas, y chillaron las dos muchachas : ¡ Que la maten, por el amor de Dios ! En seguida, escuchando sus gritos estridentes, acudí yo, seguido por dos o tres sirvientes, los cuales con esfuerzo portaban grandes cañas labradas exprofeso para matar arañas.

De allí a poco llegaron el «chauffer» y el portero, y tras ellos, Jesusa, con un largo plumero, y examinando todos el raro animalucho, buscamos darle muerte sin exponernos mucho.

—Ya sé, dijo Mercedes ; aguarden un instante. Se fué, y volvió trayendo la máquina aspirante.

—No, no, terció Jesusa, la cosa es muy sencilla : la voy a dejar seca con esta zapatilla (se descalzó, en efecto), y ahora verá usted.

—Cuidado, gritó Estela, ¡ no ensucie la pared ! Partió la zapatilla con brusco, raudo vuelo, y dió en el blanco. Al punto la araña cayó al suelo. Cayó como una piedra, como una cosa inerte, velaba sus ocho ojos la angustia de la muerte. Luego encogió sus patas en forma tan extraña, que todo parecía, con excepción de araña.

Y allí se quedó inmóvil, como quien no rehusa su cabeza al Destino. Pero entonces Jesusa se acercó, levantando su diminuto pie.

Yo me tapé los ojos, y la araña hizo : ¡ cué !

JORGE OBLIGADO

127.—LAS RANAS

En el mercado,
entre carne de peces y de volatería
cuelgan mondos los cuerpos de las ranas
con impúdica desnudez femenina,
y parecen trasunto de una feria de esclavas.

La luz matinal sonrosa
los mórbidos muslos de nácar...
Hacen falta las manos de la Venus de Médicis
o sendas hojitas de parra.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

128.—LA LUCIÉRNAGA Y EL SAPO

Brillaba en una floresta,
durante noche sombría,
la Luciérnaga modesta
que ignoraba si lucía.

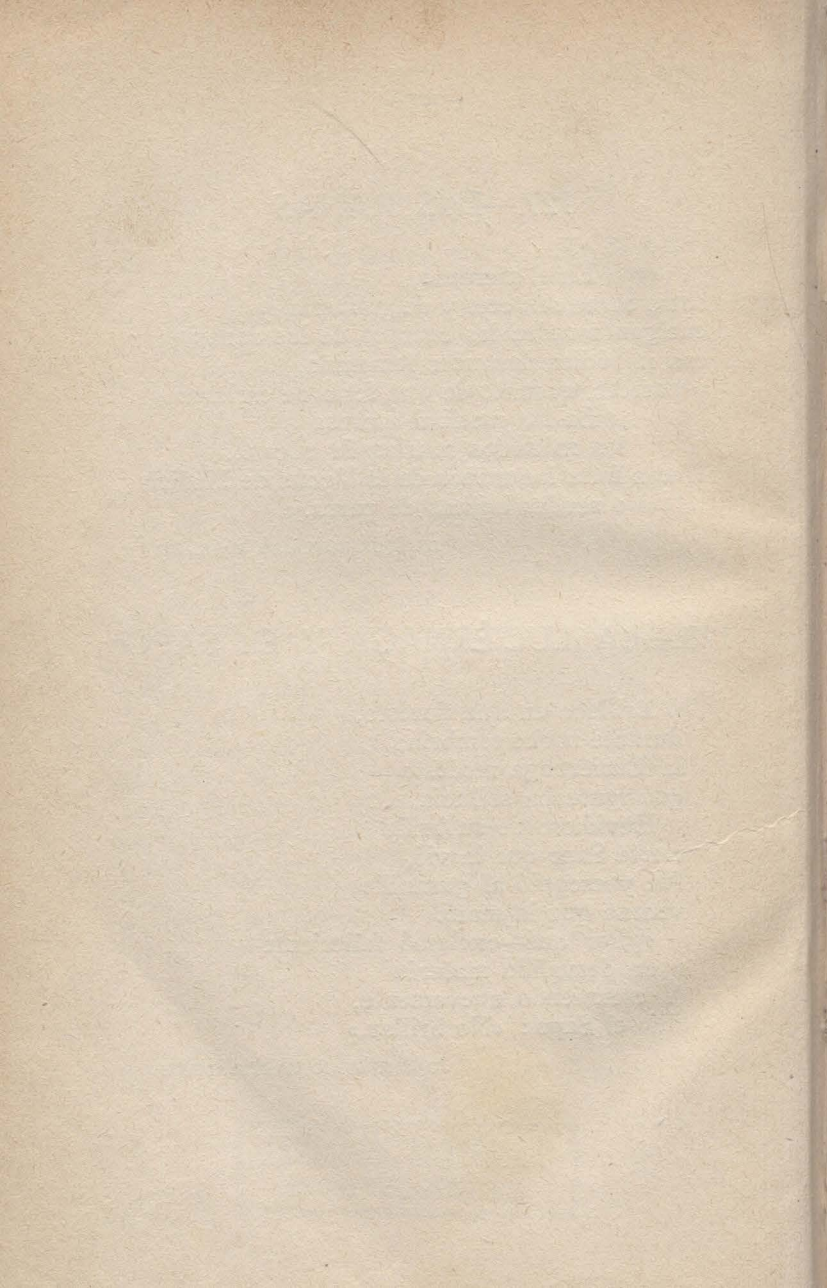
Envidioso de su brillo
cierto Sapo que la vió,
fué y escupió al gusanillo
veneno que la mató.

«¿Por qué—exclamó falleciente—
a un desvalido matar?»

Y escupiendo nuevamente,
dijo el Sapo : «No brillar.»

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH







ÍNDICE

Páginas.

A los maestros..... 7

I. DÍAS DE LA RAZA Y LA PATRIA

1.—“Español“, Rubén Darío.....	11
2.—“Los conquistadores“, José María de Heredia (traducción por Antonio de Zayas).....	12
3.—“Los próceres“, Leopoldo Lugones	12
4.—“Soy español“, Enrique López Alarcón.....	14
5.—“Nuestro idioma“, Bonifacio Byrne.....	15
6.—“A Cervantes“, Francisco Rodríguez Marín.	16
7.—“Un soneto a Cervantes“, Rubén Darío.....	16
8.—“Introducción a los “Cantos del Trovador“, José Zorrilla	17
9.—“Castilla“, Ramón Pérez de Ayala.....	19
10.—“Castilla“, Manuel Machado.....	20
11.—“Balada de Cataluña“, Ventura Ruiz de Aguilera.....	21
12.—“Dios, patria y libertad“, César Borja.....	24
13.—“Por la madre“, Belisario Roldán	24

	Páginas.
14.—“Las viejas madres“, José de Maturana.....	27
15.—“Las tres naves“, Leopoldo Díaz.....	27
16.—“Canto a Colón“, Leopoldo Longhi.....	28
17.—“Colón“, Enrique E. Rivarola.....	31
18.—“Colón“, Guillermo Matta.....	32
19.—“Los compañeros de Colón“, José María de Heredia	32
20.—“América“, Juan Cruz Varela.....	34
21.—“La libertad“, Ricardo Rojas.....	35
22.—“La patria“, Eduardo Marquina.....	35
23.—“La patria“, Ricardo Gutiérrez.....	37
24.—“Patria“, Arturo Capdevila	37
25.—“Patria“, Miguel Antonio Caro.....	40
26.—“El tesoro del país argentino“, Carlos Octavio Bunge.....	40
27.—“A los argentinos“, Sinesio Salgado.....	41
28.—“San Martín“, Leopoldo Díaz.....	42
29.—“A San Martín“, Enrique E. Rivarola.....	43
30.—“Granaderos a caballo“, Leopoldo Lugones.....	43
31.—“La muerte de Güemes“, Eduardo R. Rossi.....	44
32.—“La victoria“, Ricardo Gutiérrez.....	45
33.—“La gloria del guerrero“, Lord Byron (versión por Tomás Aguiló).....	46
34.—“La vuelta del recluta“, Jorge Isaacs.....	47
35.—“La muerte del sargento“, Jorge Isaacs.....	48
36.—“La tumba del soldado“, Jorge Isaacs.....	49

II. DÍA DE LA MADRE

37.—“Ave María“, Juan de Dios Peza.....	51
38.—“La mujer“, Juan María Gutiérrez.....	52

	Páginas.
39.—“Cabeza y corazón“, Ramón de Campoamor.	52
40.—“El rosario de mi madre“, Salvador Rueda .	54
41.—“Al retrato de mi madre“, José María de Heredia	54
42.—“El consejo maternal“, Olegario Víctor Andrade	56
43.—“La silla que ahora nadie ocupa“, Evaristo Carriego.....	57
44.—“Mamboretá“, Evaristo Carriego.....	57
45.—“Mi madre“, Edmundo de Amicis	58
46.—“Madre mía“, Rodolfo Menéndez	59
47.—“La madre se queda en casa...“, Eduardo Marquina.....	60
48.—“El hogar“, Enrique Wadsworth Longfellow (versión por Miguel Antonio Caro)	61
49.—“Estío, rumor de agua...“, Arturo Marasso..	62
50.—“¡Home, Sweet home!“, Arturo L. Albert ..	63
51.—“Los goces del hogar“, Miguel Antonio Caro.	64
52.—“Mi dulce hogar“, Rafael Fragueiro.....	65
53.—“Cuadro del hogar“, Manuel Gutiérrez Nájera	66
54.—“A mi padre“, Manuel Gutiérrez Nájera....	67
55.—“Canciones de mi casa“, Alfredo R. Bufano.	68
56.—“Canción de cuna“, Emilio Carrere.....	68
57.—“Maternidad“, Miguel T. Tolón	69
58.—“Ha nacido un niño“, Ricardo M. Llanes....	71
59.—“Trabajar para su daño“, Juan Eugenio Hartzenbusch	72
60.—“De pantalón largo“, Antonio Casero	73

- | | |
|---|----|
| 61.—“El niño enfermo”, Francisco Rodríguez
Marín | 75 |
| 62.—“Amor de madre”, Víctor Hugo | 76 |

III. DÍAS DEL MAESTRO Y EL LIBRO

- | | |
|--|----|
| 63.—“Adiós a la escuela”, Fermín Estrella Gu-
tiérrez | 77 |
| 64.—“Adiós a la maestra”, Pedro B. Palacios
(Almafuerte) | 78 |
| 65.—“La maestra rural”, Gabriela Mistral | 79 |
| 66.—“Sarmiento”, Enrique E. Rivarola | 81 |
| 67.—“Sarmiento”, Evaristo Carriego | 81 |
| 68.—“Camino de la escuela”, B. Fernández Mo-
reno | 82 |
| 69.—“La escuelita serrana”, Fermín Estrella Gu-
tiérrez | 83 |
| 70.—“La escuela”, José Pedro Varela | 84 |
| 71.—“Lección gramatical”, Javier de Burgos | 85 |
| 72.—“Reprobado en historia”, Andrés Calcagno | 87 |
| 73.—“Los pajarillos sueltos”, Vicente Medina | 89 |
| 74.—“A la invención de la imprenta”, Manuel Jo-
sé Quintana | 90 |
| 75.—“Ante una página en blanco”, Rafael Alber-
to Arrieta | 92 |
| 76.—“El cazador de palabras”, Arturo Capdevila | 93 |
| 77.—“En una página de un libro de versos”, Ar-
turo Marasso | 94 |
| 78.—“La biblioteca”, Arturo Marasso | 95 |
| 79.—“La biblioteca”, Maurice Rollinat (ver-
sión por Enrique González Martínez) | 96 |

80.—“Libros“, Enrique González Martínez.....	96
81.—“El gran libro“, Martín García Morou.....	97
82.—“Caperucita Roja“, Gabriela Mistral.....	98

IV. DÍA DEL ÁRBOL

83.—“Árboles de la orilla de las aguas“, Arturo Marasso	101
84.—“Árboles de la sierra“, Fermín Estrella Gutiérrez.....	102
85.—“A ejemplo de los árboles desnudos“, Enrique Ruiz de la Serna.....	104
86.—“Tres árboles“, Gabriela Mistral	105
87.—“Los árboles“, Juan Zorrilla de San Martín..	105
88.—“El sembrador“, Victor Hugo (versión por Carlos Obligado).....	106
89.—“Plantando el árbol“, Gabriela Mistral	107
90.—“Sombra de árbol“, Enrique Banchs.....	108
91.—“¡Leñador, perdona ese árbol!...“, Jorge P. Morris (versión por Rafael Pombo).....	108
92.—“Canción de los pinos“, Rubén Darío	110
93.—“A un ciprés“, Rafael Alberto Arrieta.....	111
94.—“El ciprés“, Juana de Ibarbourou	112
95.—“Álamos de Córdoba“, Rafael Alberto Arrieta	113
96.—“En el bosque de cedros“, José R. Destéfano.	113
97.—“A un naranjo y a un limonero vistos en una tienda de plantas y flores“, Antonio Machado. .	115
98.—“A un olmo seco“, Antonio Machado.....	116
99.—“El peral“, Juan Eugenio Hartzenbusch.....	117

- 100.—“El pino y el granado“, (De Aurelio Bertola),
José María de Heredia 117
101.—“La ofrenda del huerto“, José E. Peire..... 118

V. DÍA DEL ANIMAL

- 102.—“La muerte del lobo“, Alfredo de Vigny
(versión por Carlos Obligado)..... 121
103.—“León cautivo“, Leopoldo Lugones..... 124
104.—“Mi humilde amigo, mi perro fiel“, por Fran-
cis Jammes (traducción por Enrique González-
Martínez) 125
105.—“Mi perro“, Carlos Obligado..... 125
106.—“Los perros“, Cristián Roeber..... 126
107.—“El caballo del gaucho“, Bartolomé Mitre... 127
108.—“Caballito criollo“, Belisario Roldán..... 128
109.—“El progreso“, Vital-Aza 129
110.—“El buey“, José Carducci (traducción por
Fernando Maristany)..... 132
111.—“Vacas“, R. Fernández Moreno..... 132
112.—“La pastora de Domrémy“, Santa Teresita
del Niño Jesús (versión por el P. Florencio del
Niño Jesús, C. D.)..... 133
113.—“Las ovejas“, Salvador Rueda..... 134
114.—“Los gatos“, Cristián Roeber 135
115.—“El mono y el gato“, R. Carrasquilla 136
116.—“El albatros“, Carlos Baudelaire (traducción
por Teodoro Llorente)..... 138
117.—“El cóndor prisionero“, Enrique González
Martínez..... 139
118.—“Madrigal“, Francisco Rodríguez Marín 139

	<u>Páginas.</u>
119.—“Los teros“, Fermín I'strella Gutiérrez.....	140
120.—“La cigarra“, Juan Carlos Dávalos.....	141
121.—“Los dos gorriones“, Ramón de Campoamor.....	142
122.—“La urraca y la gallina“, Ramón de Campoamor.....	142
123.—“El grillo“, Conrado Nalé Roxlo.....	143
124.—“Balada de doña Rata“, Conrado Nalé Roxlo.....	143
125.—“Origen de las pulgas“, Ricardo Palma....	144
126.—“La muerte de la araña“, Jorge Obligado...	145
127.—“Las ranas“, Enrique Goizález Martínez....	147
128.—“La luciérnaga y el sapo“, Juan Eugenio Hartzenbusch.....	147

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

inv. 50961

13. VII. 87

- CALENDARIOS Y EFEMERIDES

•••

Este libro se acabó
de imprimir en la
imprensa ARGIS
el 19 de julio
de 1929

•
•
•

